

# Barreras

# Imfranqueables

PAUL MUNI  
BETTE DAVIS  
M. LINDSAY

  
Pezeta

ediciones Bistagne.

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18341-Barcelona

## BARRERAS INFRANQUEABLES

Dramático asunto, de gran presentación

Dirigido por  
**ARCHIE MAYO**

---

Es un film de la famosa marca  
WARNER BROS - FIRST NATIONAL

Distribuido por  
WARNER BROS - FIRST NATIONAL FILMS, S. A. E.  
Paseo de Gracia, 77  
BARCELONA

---

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PRINCIPALES INTERPRETES.

**Paul Muni**

**Bette Davis**

**Margaret Lindsay**

## Barreras infranqueables

---

### Argumento de la película

---

Johnny Ramírez escucha con atención las palabras del catedrático. Tiene fijos en él sus ojos negros, brillantes, sus ojos de mirada enérgica y decidida que muestran ya ahora, en su juventud extrema, el ansia de llegar a una meta, de seguir un rumbo, de tener de antemano trazado el camino de la vida, con esa resolución firme que es patrimonio de las almas templadas y de las voluntades invencibles.

Johnny Ramírez es hijo de una pobre viuda mejicana que ha hecho cuanto ha podido para educar a su hijo. El muchacho, travieso y arisco, díscolo y difícil de manejar, ha dado a la pobre vieja más de un disgusto; pero ahora es ya un hom-

bre, un hombre que conoce el precio de la vida y que está decidido a pagar todos los sacrificios que por él ha hecho la madrecita buena y dulce, condescendiente y piadosa que sólo ha sabido ver las cualidades del hijo y le ha disimulado todos los defectos.

Hoy es el último día de curso. Los alumnos congregados en el aula han entrado en ella estudiantes y saldrán de ella licenciados en Derecho. Han estudiado con ahinco y hoy van a obtener la recompensa de sus estudios. Todos escuchan al catedrático que les habla con ampulosidad y con una falsa dignidad. Johnny es el que con más ansia bebe las frases del profesor. En

aquel conjunto heterogéneo formado por gentes de todas las nacionalidades y de todas las razas, Johnny destaca su tipo netamente mejicano, con reminiscencias de mestizo: sus labios gruesos y carnosos, su pelo enmarañado, el cutis cetrino de su rostro y aquellos ojos negros, negros, negros y brillantes que denotan al indio salvaje de las llanuras mexicanas mezclado a las razas invasoras. Johnny está entre sus compañeros: hay allí japoneses minúsculos de ojos oblicuos, graves griegos de mirada soñadora, rusos enormes que conservan aún toda la originalidad de su raza a pesar de su expatriación lejana, negros de dentadura blanquísima, judíos de nariz aguileña, indios de amplia frente y pupilas color de aceite... En aquella amalgama de razas y de nacionalidades están congregados todos los hijos de extranjeros que residen en Estados Unidos desde hace muchos años, todos los hijos de los pobres emigrantes que han acudido al país de la libertad y del trabajo en busca de un medio de vida más fácil y más propicio que en su propio país, todos los muchachos miserables que tienen ansias de mejorar

y que quieren con su esfuerzo personal, engrandecer el país que les ha cobijado y que les ha prestado ayuda.

El aula es una de las de la universidad del barrio mexicano de Los Angeles, de la Universidad que da clases nocturnas a los obreros y títulos a los que muestran su afán de mejoramiento y su competencia en cualquier rama del saber. Estados Unidos no niega a ninguno de sus súbditos la instrucción a que todo humano tiene derecho y en aquella universidad hay cabida para todos.

Johnny Ramírez había mirado con ambición y con codicia aquel edificio que hacía unos años le parecía inasequible. Todo su afán era subir, escalar las cumbres del saber y de la posición social que había de merecerle el respeto de los suyos, llegar a ser un hombre para dejar de ser una bestia de carga. El amor a su madre y el amor al estudio le hicieron tomar una resolución enérgica, como todas las que tomaba aquel muchacho de voluntad indomable y de instintos primitivos. Y trabajando durante el día en un garage, lavando coches, se ganó el precio de sus matrículas y

pudo, en las clases nocturnas, mediante el esfuerzo de cinco larguísimo años, llegar al día de hoy, día de triunfo para él, día de admirable realidad para sus ensueños de juventud.

Ahora escuchaba al honorable Branswell que les hablaba desde lo alto del entarimado, diciendo acaso las mismas palabras que decía al finalizar todos los cursos, pero que a Johnny Ramírez le sonaban como cosa nueva.

Cuando se puso en pie el honorable Branswell para dirigir a los alumnos su palabra, resonó en la sala un aplauso entusiasta. Los padres, hermanos, familiares y amigos de los alumnos estaban allí para presenciar la recompensa de los estudios que les iba a ser otorgada. Todos aplaudían. La alegría del momento se reflejaba en todos los rostros y los ojos de Johnny Ramírez brillaban con mayor intensidad.

—Vuestro aplauso—dijo el honorable Branswell con voz altisonante y lenta, no debe dirigirse a mí, que ningún valor tengo, sino a los alumnos que han sabido cumplir como buenos estudiando con afán para dignificarse y salir de la

esclavitud del obrero manual. Mi país, vuestro país... mejor dicho, nuestro país, porque Estados Unidos es el país de todos, os ofrece hoy su apoyo y su ayuda entregándoos el premio a vuestras labores, el título que ha de abriros paso en la vida y os ha de hacer llegar hasta las cumbres codiciadas. Estados Unidos os ofrece a vosotros todos, hijos de padres extranjeros que llegaron a estas tierras sin más ayuda que su propio trabajo, la oportunidad de llegar a ser algo provechoso y útil a la sociedad; estáis en el país de la democracia, de la igualdad y de la libertad. Sabed aprovecharos de ello. Sabed alcanzar la cumbre para la que vosotros, todos, estáis destinados... Por eso os digo que el aplauso con que me habéis saludado y que os agradezco, no ha de ser dirigido a mí, sino a esos muchachos voluntariosos y dignos que me escuchan y, sobre todo, a uno de ellos cuya historia conozco y me ha emocionado por la fuerza de voluntad que representa y por la dignidad que ella encierra. Ese muchacho de que hablo está entre vosotros, se siente en medio de vosotros, todos le conocéis. No revelo

ningún secreto al decir que ese joven que hoy va a recibir su título ha sido en su infancia el muchacho más travieso y díscolo de toda la vecindad. No es una recriminación la que encierra esta frase, sino un elogio. Porque elogio es decir que un muchacho que no conocía ley ni orden ha tenido la voluntad firme y el talento de llegar hasta este momento en que recibirá el premio a su trabajo y la recompensa a su mérito...

Todos los estudiantes se miraron unos a otros con una mirada que más que de interrogación era de inteligencia. Y los padres y parientes y amigos de los alumnos se miraron también con una sonrisa comprensiva, porque en todo el barrio mejicano de Los Angeles era bien conocida la figura de Johnny Ramírez, el travieso, el díscolo, el revoltoso, el salvaje Johnny Ramírez que era el espanto de todos y que, de pronto, por el solo esfuerzo de su voluntad, se había convertido en un estudiante formal e iba a convertirse ahora en un abogado de mérito.

El honorable Branswell siguió diciendo:

—A la edad en que todos los

muchachos asisten a la escuela primaria él era un problema de difícil solución para sus padres. Se les escapaba de las manos para ir a cometer sus pequeños atropellos. Y sus padres desesperaban de poder hacer de él un hombre de provecho. Vana desesperación. El mismo ha sido quien ha salido de aquel estado que a nada bueno podía conducirle; él mismo ha sido el que ha tenido voluntad bastante para convertirse en un hombre, comprendiendo que no podía dejar perder la oportunidad que el país le ofrecía y el deber que tenía como ciudadano americano de ser un hombre de provecho para su familia y para su patria.

Hizo una pequeña pausa. Johnny sonreía satisfecho de sí mismo. Sabía que era a él a quien se refería el honorable Branswell y aquello le halagaba y le satisfacía su amor propio.

—Ese muchacho de que hablo— siguió diciendo el honorable Branswell — se llama John Ramírez, y creo que no era necesario decir su nombre para que todos comprendieran que era a él al que me refería.

Un aplauso sincero y entusiasta

se dirigió a Johnny que seguía sonriendo con aquella boca grande y carnosa que descubría una dentadura blanquísima, acaso excesivamente blanca para un caballero... Era una sonrisa de salvaje, una sonrisa de indio de las praderas, una sonrisa que denotaba todavía al hombre primitivo que había dentro del nuevo licenciado en Derecho.

Una viejita que estaba entre el público, se levantó emocionada, con lágrimas en los ojos y, dirigiéndose al honorable Branswell dijo con una voz en la que temblaba toda su emoción de madre:

—Señor, estoy muy orgullosa, muy orgullosa de las palabras que acaba de dedicar a mi hijo... Pero perdone que le diga, excelencia, que mi Juanito no era malo, tan malo como ha querido decir.. Es verdad que algunas veces nos daba disgustos... pero era únicamente porque siempre ha sido... un poquito, sólo un tantito así salvaje...

Toda la concurrencia rió al escuchar las palabras de la madre de Johnny al que abrazaba y besaba orgullosa de él y orgullosa de sí misma por haber puesto en el mundo un hombre de su valer.

El honorable Branswell se apar-

tó de toda aquella masa heterogénea que ofendía su dignidad de súbito del país "demócrata por excelencia". Les contempló a todos con una mirada en la que se reflejaban el desdén y la conmiseración y dijo a uno de los compañeros que habían acudido a presenciar la entrega de títulos a los nuevos licenciados:

—Toda esa escena es completamente ridícula... Cada año me cuesta un sacrificio representar mi papel... ¡Y ellos se creen haber llegado a la meta de sus aspiraciones!... ¡Infelices!... Nunca podrán dejar de ser escoria... siempre llevarán pegado en el alma el barro en el que nacieron... Podrán tener amplios conocimientos de la ciencia a que se dedican, pero jamás llegarán a ser caballeros... ¿Qué podrán hacer todos esos abogados a los que acabamos de entregar el título? Nadie confiará en ellos; seguirán siendo los extremistas de los que se desconfía y se morirán de hambre como abogados, igual que se morían de hambre como obreros.

—Pero la suerte será para ellos más aristocrática — añadió el otro en un tono irónico que les hizo sol-

tar la carcajada a los dos—. No es lo mismo morir de hambre siendo abogado que morir de hambre siendo lavacoches.

—¡Quién sabe! — murmuró el honorable Branswell cogiendo del brazo a su amigo y saliendo del aula en donde quedaban todos los alumnos recibiendo las felicitaciones de sus parientes y de sus amigos.

Johnny Ramírez no había oído aquellas palabras que acaso hubieran sido para él una revelación. No las oyó y marchaba contento a su casa, feliz al ver la alegría de su madre, dichoso al sentirse más hombre, contento al pensar en que el porvenir se abría ante él brillante y esplendoroso y que podría escalear las cumbres soñadas con su trabajo y sus conocimientos. Ni por un momento dudó de ello. Ni por un momento pensó que el cielo del que iba a salir se pegaría a sus plantas y sería un lastre del que difícilmente podría deshacerse. ¡Estaba orgulloso de mí mismo! ¡Había triunfado en sus estudios y estaba seguro de que triunfaría igualmente en la vida! No se daba cuenta de que al terminar su carrera se enfrentaba con una nueva lucha,

con una lucha más encarnizada, más encarnizada, más terrible, más cruel y más injusta que la que hasta ahora había tenido que sostener entre su trabajo y sus estudios. Ahora tendría que luchar contra sus prójimos, contra los poderosos, contra los que nunca le considerarían un igual a pesar de su título y a pesar de su talento.

Era feliz y quiso hacer partícipe de su felicidad a todos sus amigos. Dió un banquete en su casa e invitó a cuantos le habían mostrado en la época mala de su vida, consideración y cariño. Quería que le vieran ahora que estaba transformado en un hombre de provecho. Su madre hizo los platos típicos mexicanos y acudieron al banquete todos cuantos fueron invitados a él, incluso el cura párroco de la comunidad, que sentía un especial cariño hacia el muchacho que tanto les diera que temer y al que veía por fin a salvo de todo.

—Brindemos por ti, hijo mío— dijo el Padre levantando en alto el vaso de vino y ofreciéndolo a Johnny que sonreía feliz—. Brindemos por Johnny, por su triunfo, por su felicidad, por que vea siempre colmados todos sus deseos:

¡brindemos por nuestro joven abogado!...

Todos levantaron los vasos y Johnny alzó el suyo lleno de agua, brindando con una ingenuidad sincera que le hacía simpático y atractivo a cuantos le conocían:

—¡Brindemos! — dijo, riendo con una franca risotada.

—Pero no con agua...—murmuró un amigo suyo que estaba a su lado.

—¿Por qué no? El agua es tan buena como el vino y no hace daño — replicó Johnny sin dejar de reír—. Yo no quiero beber vino nunca más.

—Antes no eras así — dijo el amigo mirándole como si quisiera desafiarle.

—¡Oh, pero antes tampoco era un abogado!... El vino podría hacerme perder los pleitos...

—Si tan débil eres que crees no puedes dominarte... — murmuró el amigo que quería a toda costa tener a Johnny.

Los ojos negros relucieron con un relámpago de energía:

—Puedo dominarme y no soy débil—dijo fuerte Johnny para que todos pudieran oírle—y, para demostrar que sé dominarme, empie-

zo por dejar el vino para siempre... Creo que esto no es debilidad de carácter.

—Bien, bien... entonces, a tu salud, aunque sea pasada por agua —rió el amigo que no quiso insistir más al ver la actitud que tomaba Johnny.

—¡Que hable Johnny! ¡Que hable Johnny! — gritaron de varios puntos de la mesa.

—Sí, sí, que hable Juanito—repitieron los que le daban el nombre familiar de su país.

—¿Pero aun no estáis cansados de discursos? El honorable Branswell ha hablado por todos. ¿Qué queréis que os diga? — preguntó Johnny riendo con aquella risa inocente que no se avenía bien con la mirada de sus ojos duros y dominadores.

—¡Que hable! ¡Que hable!—repitieron de todas partes.

—Bueno, os daré gusto—dijo el muchacho poniéndose en pie y mostrando toda la arrogancia de su talla que dominaba al público dispuesto a escucharle.

Se hizo un profundo silencio. Querían al chico cuantos estaban allí congregados y estaban seguros

de que, dijera lo que dijera, merecía ser escuchado con respeto.

—Bien... gracias, gracias a todos—dijo Johnny sin encontrar palabras en aquel momento solemne.

—Todo lo que puedo deciros es que, aunque en el acto de la entrega de nuestros títulos se ha hablado mucho del esfuerzo que hemos de hacer, de la lucha que vamos a emprender, de las dificultades que se nos van a presentar, yo estoy dispuesto a llegar a mi fin. Ya sé que no es terreno fácil a seguir... Pero aquí tenéis a Abraham Lincoln—añadió señalando el retrato del héroe americano—. Trabajó mucho y sufrió mucho, ¿no es verdad? Y también estudiaba por la noche, porque durante el día se ganaba la vida como yo. Esta será mi vida. Hago como Lincoln... quiero decir haré como Lincoln... y que desde hoy voy a parecerme a él en todo y por todo...

Su madre le escuchaba con fervor, pero cuando oyó decir a su hijo que iba a parecerse en todo y por todo a Abraham Lincoln abrió unos ojos tamaños e interrumpió al muchacho:

—Hijo... ¿te vas a dejar como él

la barba cerrada?—le preguntó con angustia.

Johnny soltó una carcajada y acarició a su madre.

—¡A mi mamacita no le gustan con barba! Será en lo único que no imitaré a mi ídolo.

Aquello pareció tranquilizar a la buena mujer, que volvió a tomar asiento entre los invitados y la fiesta siguió sin incidentes, con la alegría de cuantos a ella asistieron y con el orgullo del homenajeado que no lograba darse cuenta de que, ¡por fin!, fuera ya abogado y pudiera dejar el oficio de lavador de coches.

\* \*\*

Unos días después Johnny fué a despedirse del dueño del garage donde había prestado sus servicios durante los cinco años de estudios. Pete, su compañero de trabajo, no comprendía cómo había podido dejar el trabajo seguro para meterse en el estudio de la abogacía que escapaba a su pobre cerebro la utilidad práctica que pudiera tener.

—¿Pero es verdad que dejas este trabajo?—le preguntó.

—Y tan verdad. No puedo ser al mismo tiempo lavador de coches y abogado, ¿no te parece?

—Pero, ¿de qué te servirá ser abogado si no tienes trabajo?

—Trabajaré y ganaré mucho dinero y haré feliz a mi madre. Luego seremos unos grandes señores y tendré mi automóvil y todo el mundo se descubrirá a mi paso.

—No puedo creerte. ¡Mira que dejar en estos tiempos un trabajo tan seguro como éste!

—Pete, me das lástima. Tú no puedes comprender mi ambición noble y sincera. He estudiado durante cinco años, me he sacrificado durante cinco años, he trabajado como un negro para poder pagar mis matrículas y poder llegar a ser lo que soy. No se trata ahora de conservar un empleo cualquiera. A mí ya no me importa el trabajo remunerado a sueldo fijo. ¡Soy un abogado! ¿Entiendes?... ¡Un abogado!

—En cinco años has aprendido a ser abogado y en cambio no has logrado aprender a ser un buen mecánico...

—Por eso dejo el garage por mi

bufete. Ya ves como los dos tenemos razón.

Pete le miró con una mirada compasiva, como si estuviera hablando con un loco y le dejó que se marchara, sintiendo en el fondo de su alma que aquel muchacho tan fuerte y tan inteligente dejara un empleo seguro, en aquella época tan mala, para irse en pos de una aventura que no le podía proporcionar más que disgustos. ¿Para qué servía un abogado? Pete no acertaba a comprenderlo por muchos esfuerzos que hiciera para ello.

Johnny llegó a su casa. Había habilitado para despacho uno de los dormitorios, quitando de él la cama y poniendo en su lugar una vieja mesa escritorio que le daba una apariencia de bufete elegante, según el parecer de Johnny al que todo parecía bien. Todo era humilde y sencillo, todo denotaba la clase de que provenía el abogado, todo daba a comprender bien a las claras que aquel nuevo letrado procedía del pueblo y tendría que hacer grandes esfuerzos para salir de él. Su madre le esperaba con impaciencia. Tenía preparada una sorpresa para su Juanito y le llevó hasta el despacho y le entregó un

gran paquete que Johnny se apresuró a desenvolver. Era un rótulo magnífico en el que estaba escrito su nombre y debajo de él, en caracteres distintos, se leía: "ABOGADO".

Johnny tenía lágrimas en los ojos cuando miró a su madre después de haber contemplado el regalo que acababa de entregarle.

—Pero mamá, mamá, ¿por qué has hecho eso? ¡Cuánto te lo agradezco! John Farada Ramírez, abogado—leía una vez más Johnny en el paroxismo de su contento—. ¡Pero qué idea tan buena has tenido, mamá!

La abrazó, la besó, la cogió por la cintura y le hizo ejecutar en el aire una cabriola. No sabía lo que le pasaba. Estaba tan contento, tan contento, que de momento no pensaba en nada más que en su dicha. Luego se quedó mirando a su madre y le preguntó angustiado:

—¿Y el dinero? ¿De dónde has sacado el dinero que eso cuesta?

—¡Vaya con el señor inquisidor! No te metas en los asuntos de los demás. He tenido el gusto de regalarte esto y tú no has de preocuparte de dónde salió el dinero.

—Mamá... has empeñado tu ani-

llo de boda para poder comprar esta placa. ¡Mamá, mamá, algún día yo te pagaré el sacrificio que has hecho por mí! Algún día seré el mejor abogado de todo California y vendrán a consultarme de los lugares más apartados. Entonces tendremos una casa muy grande y un automóvil y te compraré un abrigo de pieles y estaré muy orgulloso al pensar que mi mamacita, mi mamacita de mi alma se empeñó el anillo de boda para poder comprarme la primera placa que anunciaba al abogado.

La madre lloraba al ver la alegría de su hijo y asentía a sus frases convencida de que todos aquellos sueños se convertirían un día en realidad, en magnífica realidad que les encumbraría a los dos a las más altas esferas y haría de su hijo el mejor abogado de Estados Unidos.

Y así comenzó su carrera. La placa puesta en la puerta de su pobre hogar comenzó a atraer a su bufete a pobres gentes que venían a consultarle sus dificultades, a pedirle consejo sobre sus asuntos de familia, a buscar en él la ayuda necesaria para sus males morales, de los que estaban llenos, porque

los pobres son siempre los que tienen más motivos de queja. Johnny trabajaba mucho, pero no cobraba nada. Su clientela eran miserables, como él, amigos suyos de toda la vida que le confiaban sus inquietudes, y nunca hubiera tenido la conciencia lo bastante negra para beneficiarse de aquellas pobres gentes y sacarles unos dólares a cambio de su consulta. En el despacho había mucho movimiento de gentes; pero muy poco movimiento financiero. No había podido aún llevar ninguna causa ante el tribunal. Sus consejos eran siempre consejos sanos que apartaban del pleito a aquellos infelices, que sólo irían a perder pagando los gastos de juzgado y de papel sellado. El les hacía comprender que, aunque la razón les asistiera, no lograrían nada con el pleito y les obligaba a las buenas a llegar a una inteligencia con su contrincante. Así Johnny iba consumiendo los meses y los meses sin lograr subir una vista ni llevar ante el Juzgado una causa de importancia.

Johnny comenzaba a descorazonarse. Aquello no era lo que él había soñado. Aquello no era la carrera brillante y magnífica en la

que pensara tantas veces durante los cinco años de afanosos estudios. La alegría de los primeros días había desaparecido para dejar paso a una sombría tristeza. Se consumía en aquella lentitud de la espera, de una espera desesperanzada, porque no vislumbraba en lontananza la posibilidad de poder llegar a ser el abogado que defiende causas nobles en las que se juega a veces algunos millones de dólares.

—Me han dicho que tienes mucha clientela—le dijo el Padre, un día en que fué a visitarle y que, al ver la seriedad de Johnny y la tristeza con que hablaba comprendió que algo malo pasaba por el alma del muchacho.

—Sí, padre, tengo mucha clientela, mucha... pero no cobra ni un centavo—replicó Johnny esforzándose por sonreír—. ¿Sabe cuánto he cobrado en los últimos meses? ¡Dos dólares! Y con eso no podemos vivir mi madre y yo. Ganaba mucho más cuando lavaba coches en el garage... ¡Y para eso he pasado cinco años estudiando locamente!...

—Hijo mío—dijo el Padre con el ánimo de fortalecer a aquel espíritu decaído—, también hay un noble

orgullo, una íntima satisfacción en ayudar a la gente pobre que no sabe a quién recurrir. Eso debe compensarte de la falta de ganancias, que más tarde irán viniendo.

—¡Oh, Padre, no es dinero lo que quiero! Bien sabe usted que estoy acostumbrado a no tenerlo y no me importa pasar sin él. Lo que me desespera, lo que me descorazona es no tener asuntos de importancia en los que pueda lucir mis facultades, en los que pueda desarrollar mis conocimientos. No es dinero, no, lo que ambiciono, sino gloria. Todos los casos que se me presentan son insignificancias que se resuelven muchas veces sin acudir a los tribunales y otras en primera instancia; pequeños recursos, demandas mínimas, menores cuantías, sin importancia y sin consecuencias. Cuando hay algún caso que presenta dificultades y en el que yo pudiera poner de mi parte todo lo que sé, no puede llevarse adelante, porque el cliente no tiene dinero para pagar los gastos del Juzgado y porque yo tampoco lo tengo para adelantarse. Esto es lo que me desespera, Padre, que no pueda demostrar nunca lo que soy y lo que valgo.

—No te impacientes, hijo mío, no

te impacientes. Todo llegará... Tu oportunidad vendrá, como vino la oportunidad de que estudiaras y de que obtuvieras tu título. Hay que saber esperar. Y no olvides que una de las características de nuestro pueblo es la paciencia.

—Pero, Padre, hace ya demasiado tiempo que espero... ¡ya no puedo más! Tengo que llegar a alguna parte... no puedo seguir siendo el abogado de pobres que nada cobra y nada más hace que dar buenos consejos. Esto es un orgullo para mi conciencia, es verdad, pero yo aspiro a algo más, Padre. ¡Y el día en que yo me lance, que nadie se interponga en mi camino! ¡Nada será bastante para detener mi impulso!

El Padre le miró con una larga mirada de comprensión y de ternura. Conocía el carácter indomable de Juan Ramírez y comprendía que aquella situación no podría prolongarse, porque aquel muchacho era hombre de acción y no sabría someterse a la indiferencia con que le trataba el destino. El Padre sabía muy bien que el día en que Johnny rompiera las barreras que ahora le detenían sería capaz de todo... Y aquello le daba un poco de miedo por aquel hijo predilecto de su pa-

roquia, por aquel muchacho en el que él confiaba y por el que temía un posible descarrío.

Unos gritos que venían desde la calle interrumpieron la conversación del Padre y de Johnny, que se asomó a la ventana para ver qué era lo que ocurría y provocaba el alboroto aquel.

—¡Ya ve usted, Padre!—exclamó Johnny mostrando con un gesto la escena—. Soy un abogado y me llaman para que baje a hacer de mecánico. Es el pobre viejo Manuel que no puede poner en marcha su camión y que pide mi auxilio... ¡Quién sabe si debí quedarme para siempre en el garage!

Johnny bajó a la calle. Manuel era un antiguo amigo de su casa, un pobre viejo que se ganaba la vida transportando verduras al mercado vecino en un camión que, de haber sido ser animado, merecía haber figurado entre la colección del arca de Noé.

—¡Oh, Juanito, tú que eres tan entendido en mecánica, ve a ver si pones en marcha mi carro!... Hace una hora que estoy intentando darle al motor y no me obedece.

—Veamos, veamos—dijo Johnny asomándose al motor y tratando de

investigar qué era lo que entorpecía la marcha del antediluviano aparato—. Creo que no es nada más que un poco de vetustez, pero verás cómo enderezo ese hierro que obstruye la salida del gas y cómo marchará a las mil maravillas. Sin embargo, te aconsejo que te compres un carricoche menos viejo que éste... Cualquiera día te quedarás a mitad de camino.

—¡Bah, para lo que me queda de vida bien está este camión! Así se aviene conmigo. Ahora ya no querría obedecerme uno que fuera demasiado joven—dijo bromeando el viejo Manuel.

—Bueno, pues creo que ya va a marchar. Vamos a ver...

Johnny dió a la manivela y el motor se puso en marcha.

—¡Siempre dije que eras un mecánico de los buenos! — exclamó Manuel contento al ver lo rápidamente que Johnny había arreglado su carro.

—Sí, y nunca llegaré a ser un buen abogado — murmuró entre dientes Johnny que sentía crecer su descorazonamiento—. ¿Vas al mercado?

—Voy a llevar esas verduras... Hay que ganarse la vida y no todos

tenemos el mismo talento. Tú te la ganas defendiendo a los demás; yo me la gano defendiéndome a mí mismo.

—Pues buena suerte, Manuel, y hasta la vuelta. Que te compren a buen precio tus coles y tus lechugas.

Manuel se alejó con su carromato que hacía un ruido infernal y Johnny volvió a entrar en su casa en espera de aquellos pleitos que habían de llegar y que no llegaban nunca.

\* \* \*

Habían pasado la noche en el cabaret. Dale, deliciosa en su juventud y en su belleza morena, se había confiado a Brook, el amigo que la indujo a marchar aquella noche a cenar con él y que se había alegrado más de lo debido a fuerza de champán y de vino, del turbador vino mexicano que se bebía en aquel restaurante y que daba mareo a la cabeza y locura al corazón. Una y otro habían gozado lindamente aquella noche. El baile, la música, la animación del restaurante nocturno y la mutua compañía, habían encendido en sus almas jóve-

nes el fuego de la dicha y marchaban ahora, despreocupados de todo cuanto no fueran ellos dos, por la calle oscura, en busca del automóvil de Dale, el cuarenta caballos que le había regalado su padre el día de su cumpleaños. Dale era una morenucha de la más alta aristocracia del Sur de California. Brook hijo de un acomodado banquero, con todas las prerrogativas que da el dinero y una posición social muy elevada. Brook era abogado y se le ofrecía un brillante porvenir debido a la posición que ocupaba y el prestigio de su padre que le proporcionaba una clientela numerosa y distinguida. Dale era una niña mimada. Los dos eran el prototipo de esas gentes a las que la fortuna nada ha negado y que se creen con derecho a todas las atrabiliaridades. Salían del restaurante cogidos del brazo, alegres como dos pájaros puestos en libertad y caminando por la calle oscura con pasos no muy seguros.

—Me parece, Brook, que has bebido más de lo necesario esta noche. ¿No te parece a ti lo mismo?

—No, querida, esta noche precisamente me siento muy romántico y más enamorado que nunca.

## BARRERAS INFRANQUEABLES

—¡Enamorado! Es el vino, ese traidor vino mexicano que te ha inflamado las venas.

—No, no, nena mía; es el amor que me hace palpitir con nueva vida.

—Esta es la señal más segura de que la borrachera te va haciendo su efecto.

—¡Te aseguro que no estoy borracho!

—No lo estás, pero sólo te falta una copita más para estarlo. ¿No ves que no sabes ni andar?

—Nena, créeme, no estoy bajo el efecto del vino, sino bajo el efecto de tus ojos que me enloquecen. Nena, casémonos, casémonos esta misma noche. ¡Te sabré hacer feliz!

—Pero, mi querido Brook... me he hecho una regla de conducta de no casarme con nadie pasadas las tres de la madrugada después de haber estado bailando y bebiendo toda la noche. En cuanto pasa el efecto de esas tres cosas: el baile, el vino y la hora... ¡se acabó el amor! A mí no me gusta divorciarme con frecuencia—dijo Dale, queriendo echar a broma las insistencias de su amigo.

Dale saltó a su automóvil y su compañero se sentó a su lado, que-

riendo abrazarla, pero la muchacha no había perdido por completo la cabeza y puso su automóvil a toda marcha. Le gustaba a Dale sentir el vértigo de la carrera, se sentía entonces más dueña de sí, como si dominara al mundo con aquella marcha desenfrenada que iba devorando kilómetros y kilómetros con una perfecta sencillez. Manejaba el volante con maestría y los virajes eran cerrados y seguros, como de mano experta y de cabeza firme. Dale reía feliz de aquella velocidad que le producía unos calofríos en todo su cuerpo y que la hacía sentir el ansia de correr más y más por el asfalto liso de la carretera solitaria. Brook reía con la risa estúpida del que está bajo los efectos del alcohol.

En dirección contraria a ellos venía el viejo carricoche del viejo Manuel que iba al mercado conduciendo las verduras. Iba a paso lento, con la marcha de su motor ronco, catarroso, que saltaba por sobre el asfalto y respiraba con dificultad al menor esfuerzo. En uno de los virajes Dale fué a chocar estruendosamente contra el carricoche del viejo Manuel. Allí quedó, tendido en el camino, hecho un montón in-

forme, el gran camionazo que, por su decrepitud, esperaba sólo una embestida así para descansar para siempre de las torturas del viaje diario.

Dale saltó del coche y corrió al lugar donde yacía el informe montón de hierros y verduras entre los que surgió penosamente el pobre Manuel que no había sufrido lesión de importancia, Dale le contempló burlona mientras encendía un cigarrillo y dirigiéndose a su amigo, le dijo con ironía:

—Hemos hecho la ensalada antes de tiempo. ¡No tiene importancia! ¡Cómo se le habrá ocurrido a ese hombre marchar de noche con esa carraca! Y precipitarse así sobre nosotros...

—Pro... proba... plobablemente... no, probablemente, eso es, probablemente—musitó Brook al que le costaba pronunciar las palabras—está borracho. Déjale, yo me cuidaré de llevarle hasta su casa.

—Pero, Brook, creo que debería entregarle un cheque a cambio de su viejo camión—murmuró Dale, la cual al contemplar al pobre Manuel con su cara contristada y sus ojos llorosos había sentido piedad de él.

—No, no hagas eso. Si le das di-

nero es como si te confesaras culpable del atropello y la policía te obligará a pagar una multa y tendrás que presentarte a declarar y todo serán molestias y latas para ti.

—Pero el pobre hombre ha perdido todo cuanto tenía.

—No hagas caso. Vámonos, si no quieres que el asunto se embrolle.

—Bueno, pero quiero darle una tarjeta mía para que pueda ir a mi casa si algo le hace falta, no tengo valor para dejarle así, completamente abandonado.

Dale le entregó a Manuel su tarjeta y éste miró con una mirada estúpida la cartulina blanca que nada le decía y miró como se alejaban de allí aquellos que le habían atropellado y que habían dejado fuera de combate a su viejo y fiel amigo. Sus ojos se llenaron de lágrimas y lloró ante el montón informe de hierros, como si estuviera ante el cadáver de un amigo.

Los dos aristócratas siguieron carretera adelante, olvidados de aquel incidente que había retrasado su marcha. Para aquella chiquilla, malcriada, mimada, caprichosa, voluble, aquello no tenía importancia, era un ligero accidente de los muchos sufridos en su vida automovi-

lística sobre todo en noches como aquella en que el champán, el placer, el desenfreno del baile y la alegría de sentirse codiciada por Brook, ponían en su corazón alejos insanos y la hacían marchar por la vida olvidada de las pobres gentes que en torno de ella sufrían y morían.

A la mañana siguiente Manuel fué a consultar a Johnny Ramírez, su amigo de confianza, el abogado de los pobres, el que sabría sin duda un medio para castigar a aquellos que le atropellaran y hacerles pagar una indemnización que le permitiera poder comprar un camión de cuarta o quinta mano.

Johnny escuchó atentamente la explicación que Manuel le hizo. Estaba ansioso de poder defender algún asunto de importancia y allí estaba el asunto: unos jóvenes atropellan con su magnífico automóvil el viejo camión de un miserable. Si defiende bien el asunto los millonarios tendrán que pagar a Manuel una gruesa indemnización; si defiende bien el asunto podrá darse a conocer ante el juez el día de la defensa y mostrar su elocuencia y la razón que le asiste y el conoci-

miento profundo de las leyes y su talento para hacer frente a gentes que podrán pagarse una buena defensa. Los ojos de Johnny brillan con fulgor de entusiasmo mientras escucha al pobre viejo que cuenta su historia teniendo que interrumpirla a cada rato porque el llanto le ahoga.

—¡Me han matado a mi viejo amigo! ¡No queda nada, nada de él, más que hierros viejos que nadie querrá comprar! —murmura Manuel lamentando el accidente más por la pérdida de su camión que por el daño que le han causado.

—No te preocupes, Manuel, conseguiré que se te haga justicia. La razón está contigo. Tienes que ganar la causa.

—¿Tú crees, Johnny, que me pagarán una indemnización y que podré seguir ganándome la vida con el transporte de verduras?

—Así lo creo, Manuel, y si no lo consigo podré decir que he perdido cinco años de mi vida en estudios que no me sirven para nada. ¡Yo haré que ganes! ¡Me siento con fuerza bastante para discutir con el más aventajado abogado! Ellos son ricos y se pagarán una buena defen-

sa. Tú eres pobre, Manuel, pero me tienes a mí y ya verás cómo yo sé sacarte de este atolladero.

—Gracias, Johnny, gracias, que Dios te pague todo cuanto vas a hacer por mí—exclamó el viejo que tenía puesta su confianza en el amigo de toda su vida.

El día de la vista llegó, Johnny puso en su cartera flamante los papeles que habían de servir para la defensa de Manuel y las pruebas de la culpabilidad de la señorita Dale. Y antes de partir abrazó a su madre y le dijo con una vehemencia que hizo temblar a la ingenua mujer:

—Madre, madrecita mía, hoy es el día más grande de mi vida. Hoy es mi primer informe ante el tribunal. Hoy es el día en que tanto y tanto he soñado.

—Ten cuidado, hijo mío. Vas a luchar contra personas que tienen a su favor el dinero y tú sabes que el dinero lo puede todo en la vida.

—No temas, mamacita. El dinero todo lo puede, pero no podrá vencer mis argumentos. La razón está conmigo y estoy dispuesto a arruinarles si es preciso con tal de que paguen una buena indemnización a nuestro amigo Manuel. Mamá, no

olvides que es mi primera vista, no olvides que es la primera vez que voy a tener ocasión de mostrar todo lo que valgo. ¡Y estoy dispuesto a mostrarlo bien! ¡Verás qué triunfo el mío, mamacita!

Manuel le esperaba para comparecer ante el tribunal. El pobre viejo estaba casi tan emocionado como el abogado y, antes de encaminarse al palacio de justicia, Manuel murmuró como si temiera algo:

—¿Crees que vamos a ganar la cuestión?

—Estoy seguro—replicó Johnny que tenía sobrada fe en sí mismo.

—¿Y me pagarán el arreglo de mi coche?

—¡No! Te pagarán un coche nuevo. ¡No faltaba más!

—Es que yo tengo cariño a mi viejo carro... y para lo que he de vivir ya está bastante bien. No es preciso que me compren otro.

—No te apures, compadre... Yo ganaré tu pleito y si no lo gano ya puedes decir a los cuatro vientos que soy el peor abogado de todo América.

—Jamás diré eso, Juanito, porque yo sé bien que, aunque se perdiera mi caso, tú seguirías siendo el mejor abogado de Los Angeles.

La señorita Dale miraba con interés y un poquito de burla al abogado defensor del viejo chofer atropellado por ella en medio de la carretera la noche en que volvía del cabaret con demasiada velocidad y demasiados humos en su cabecita loca. Mientras John hablaba dirigiéndose al juez, Dale dibujaba interesada y serena, el rostro del muchacho aquel que tenía una acusada personalidad y que mostraba las características de una raza presta a desaparecer: la raza del indio mexicano que tantas bellezas encierra en sus facciones acusadas y nobles. Dale no escuchaba apenas las palabras del defensor. Miraba, eso sí, aquel rostro que la subyugaba por su originalidad y en el que encontraba marcados signos de salvajismo, despertando con ello un nuevo interés a su temperamento artístico.

Johnny hablaba con vehemencia y con calor. Se había tenido que enfrentar con el propio Brook que actuaba de defensor de Dale y que, habiendo influenciado a su favor al juez por medio de un espléndido regalo en metálico, tenía la certeza de ganar a aquel leguleyo semisalvaje que creía estar asistido de la

razón únicamente porque los hechos se la daban, pero que ignoraba que la razón está muchas veces de parte del más poderoso...

—Excelencia—decía Johnny con calor para despertar la indiferencia con que le escuchaba el juez—, toda la razón está de mi parte como demuestran claramente las pruebas que he presentado. Y por si ellas fueran pocas, debo hacer hincapié en el hecho de que el automóvil de la señorita Dale no estaba asegurado contra accidente. A causa de los muchos atropellos cometidos por las velocidades locas de esa señorita, ninguna compañía de seguros se ha querido hacer responsable de nuevos accidentes. Creo que esto es una prueba inequívoca de que mi defendido tiene razón.

—Excelencia, opongo mi objeción a esa prueba—dijo Brook con una fina sonrisa irónica que fué sobradamente comprendida por el juez.

—Es aceptada la objeción—replicó el juez dirigiéndose a Johnny que escuchaba atónito—. No es una prueba irrefutable el hecho de que el coche de la señorita Dale no estuviera asegurado. Por lo menos nada prueba en el presente caso; los accidentes cometidos antes del que

nos ocupa no tienen nada que ver con el hecho de que hoy se discute. Siga hablando.

—Está bien, excelencia, si este punto no puede en nada influir sobre la determinación del juicio debo hacer hincapié sobre otro punto principal. Es casi seguro que la noche en que se cometió el atropello la conductora del automóvil que destruyó el camión de mi defendido, había bebido más de lo regular y no tenía serena la cabeza.

—Excelencia, me permito oponer de nuevo una objeción a esa prueba presentada por mi inteligente colega—Brook dió este título a Johnny marcando mucho su irónico acento. —No hay testigos que puedan comprobar este hecho de que se acusa a mi cliente.

—Se acepta la objeción—replicó el juez fríamente.

—Pero, excelencia... yo sólo trato de acumular pruebas para defender a mi cliente. Mi cliente tiene razón. No puedo dejar que pierda esta causa por el capricho de una chiquilla mimada y de un abogado que conoce demasiado bien el medio de defenderla, porque es el amigo que iba con ella la noche del atropello.

—Un abogado debe venir mejor preparado cuando comparece ante juicio. Esto no es una escuela, sino un tribunal de justicia. Aquí no se vienen a hacer prácticas forales, sino a defender causas que han de haber sido estudiadas y de las que hay que tener pruebas testificales lo bastante amplias y lo bastante firmes para asegurar el éxito de la defensa.

—Pero, ¿cómo quiere que defienda mi caso si se me interrumpe a cada momento con objeciones por la parte contraria?—preguntó Johnny fuera de sí.

—Opongo una nueva objeción—murmuró Brook que no perdía su serenidad y que estaba muy divertido con la creciente exaltación que mostraba su poco experto colega.

—¿Es así cómo se debe defender a una cliente?—preguntó Johnny fuera de sí, gritando enfurecido—. ¿Es así el medio de defensa: chillar a cada momento "opongo mi objeción", como si fuera un simple loro?

—Opongo mi objeción, excelencia—murmuró Brook con mayor acento de ironía que el empleado hasta entonces—. La opinión que sobre mis medios de defensa pue-

da tener o dejar de tener mi querido colega, no importan nada en el caso que estamos estudiando: carecen de competencia, de materialidad y de razón.

—La objeción es aceptada por el tribunal—afirmó el juez que tenía ganas de poner fin a aquel accidente.

—Está bien. Lo que no quieren ustedes es escuchar la razón, lo que no quieren es hacer justicia—dijo Johnny irguiendo toda su elevada estatura y mirando con mirada de desafío a aquellas gentes que se burlaban de él porque eran poderosas y porque tenían sobre él la fuerza del dinero—. ¿No comprenden que si el camión de este infeliz está destrozado es por culpa de la locura de esa señorita? ¿No quieren ver que si este pobre hombre se queda sin medios de vida a ella sola se deberá que el infeliz muera de hambre? ¿No ven que si salió con vida del accidente fué por puro milagro y que a esa señorita no le importaba nada dejar sin vida el cuerpo de este hombre, sólo por lograr ella una velocidad vertiginosa que la divertía y que le daba un placer desconocido? ¡Claro! Como ella es rica creyó que no importaba una vi-

da de menos, y, sobre todo, una vida miserable de menos en el mundo. ¡El dinero da la impunidad del crimen!... ¿Qué es más importante aquí: una cantidad enorme de pruebas técnicas que nada prueban o la escueta verdad de los hechos, tal como yo los relato?

—El tribunal no puede consentir que se dude de su competencia y de su honradez. Lo que aquí importa—dijo el juez acentuando la gravedad de su tono para impresionar mejor al novato—, lo que aquí importa es hacer brillar la verdad... Permítame que haga resaltar el hecho de que si la causa se pierde para su defendido, no es por culpa del tribunal, sino por culpa de la mala preparación de su abogado. Ha venido usted aquí sin estudio, sin preparación, sin conocer a fondo las razones que puedan asistirle. El tribunal está empeñado en que conste así en la causa, para salvar toda su responsabilidad. Debo decir a usted, señor, que la causa se pierde por su mala defensa y que viene usted obligado a pagar las costas del juicio y además una multa de veinticinco dólares por desacato a la autoridad competente representada por este tribunal.

Johnny bajó la cabeza vencido por aquellas palabras que le herían y le hacían daño. Revolvió en sus bolsillos, miró con desconsuelo a Manuel que no comprendía nada de lo que allí estaba pasando y luego dijo, humillado y confuso:

—No tengo la cantidad que se me pide.

—Ruego al tribunal que se le condone la pena de multa—suplicó Brook que quería humillar así aun más a aquel salvaje que tenía ante él y que se había atrevido a oponer su voluntad de pobre miserable a la voluntad de los poderosos.

—Queda condonada a petición de la parte contraria—sentenció el juez levantándose y dando así por terminada la vista—. Queda sobreseído el expediente por falta de pruebas. El tribunal da por terminada su labor.

—Bien, querida — dijo Brook dando la mano a Dale que acababa en aquel momento el dibujo comenzado, al pie del cual había escrito con rasgo firme "Salvaje"—, no estarás descontenta de mí. Eres libre gracias a la defensa de un hombre inteligente como yo y a la acusación de un hombre ignorante como mi querido colega.

Johnny no oyó aquellas palabras insultantes. Johnny hablaba con Manuel que se plañía de la pérdida de su automóvil y que lloraba ante la angustia de un porvenir negro y amenazador.

—¿Qué será ahora de mí, Juanito? ¿Qué voy a hacer yo sin camión? ¿Cómo podré ganarme la vida? — gemía angustiado, mientras Johnny le escuchaba con el rostro reconcentrado por un dolor mucho más agudo que el del infeliz Manuel.

—No he sabido salvarte, Manuel, perdóname—dijo Johnny confesando con los dientes apretados y la angustia reflejada en su rostro, su impotencia.

Dale Elwell miraba con tristeza a aquellos dos hombres vencidos por el poder del dinero y sintió compasión por el viejo, como la había sentido la noche del atropello y acercándose a ellos, dirigiéndose a Johnny que no se dignó ni tan siquiera mirarla, dijo:

—Acaso no me creará usted después de lo que acaba de ocurrir; pero yo desearía pagar a su cliente un nuevo automóvil, un automóvil que sustituyera al que yo le desbaraté en medio del camino y que ne-

cesitaba ya esa jubilación forzosa.

—No he solicitado su limosna—dijo Johnny con fiero orgullo.

—No es una limosna lo que le ofrezco—murmuró Dale dulcificando su acento y mirando con una mirada coqueta y provocativa a aquel "salvaje" que le había gustado—. Me ha convencido con sus razonamientos, a pesar de todas las objeciones de mi defensor y de todas las palabras del juez. Permítame que repare mi falta. Yo fui la culpable, lo reconozco y quiero indemnizar a ese pobre hombre.

—Gracias—murmuró Johnny dejándose dominar por el acento convincente de Dale y contemplando aquellos ojos dulces y pícaros que le miraban con una larga mirada turbadora—. Es un rasgo muy bello el que usted hace, señorita, y le doy las gracias en nombre de mi cliente.

—¡Pero, Dale, no seas loca! — exclamó Brook interviniendo a tiempo—. Si das dinero a ese hombre es como si te confesaras culpable y le das motivo para que interponga contra ti un nuevo recurso criminal.

—No haremos eso—dijo con altivez Johnny mostrando su dignidad ofendida.

—¿Lo promete?—preguntó Dale acentuando la dulzura de su mirada.

—Lo juro, si es preciso, bajo mi palabra de honor.

—No hagas caso, Dale. Como tu abogado te prohíbo que hagas tal cosa. Ese leguleyo trata de engañarte, pero yo estoy aquí para defenderte de sus artimañas.

Johnny no pudo contenerse ante el insulto directo que Brook le hacía, y se precipitó sobre él descargando repetidos puñetazos en su rostro y obligándole a mascar el polvo del suelo. Fué una lucha muda y breve. Se precipitaron a ellos el juez y los empleados que aún estaban en el local y lograron separarles. Johnny tenía los ojos encendidos y la respiración anhelante... Hubiera querido poderse vengar de aquel estúpido que le insultaba amparado en su orgullo de poderoso.

—Está bien, Ramírez — dijo Brook sacudiéndose el polvo y haciendo un esfuerzo por aparecer sereno—. Esta es la primera y la última vez que se presenta usted ante un tribunal, como no quiera presentarse en acusado. Yo haré que se expulse del Colegio de Abogados, por lo que acaba de ocurrir aquí.

—Puede contar con mi declaración, míster Brook—dijo el juez que conocía a Brook y sabía que era malo contarle como enemigo—. Sólo creía que era un mal abogado, pero ahora me convenzo que no puede absolutamente ejercer la noble carrera de la abogacía. Si conociera usted a fondo nuestras leyes, que no las conoce en absoluto, tampoco podría usted ser abogado, Ramírez, porque siempre saldrá a la superficie su raza, raza salvaje que no es posible dominar y que le haría cometer constantes atropellos como el que acaba de ocurrir ahora.

—No, no, no es eso — exclamó Johnny que comprendía bien todo el terreno que había perdido—. No es por esas razones por las que quieren deshacerse de mí; es porque no les gusta que esté mezclado a ustedes un hombre de otra raza que puede tener más talento que ustedes; es porque yo jamás me sumaré a sus maquinaciones y actuaré siempre de acuerdo con mi conciencia, y ustedes no. Por eso es por lo que quieren privarme el ejercicio de mi carrera... porque no soy de su país ni tengo las mismas ideas que ustedes de la ley.

—No importa de donde usted

proceda, Ramírez, ni de como proceda. No es cuestión de credo ni de nacionalidad. ¡Es usted el que tiene la culpa de todo! No dejará usted nunca de ser un rufián, un hombre que no sabe dominar su temperamento, que se deja llevar por el impulso de su mal genio, que no tiene dominio de sus propias pasiones... Creo que su estúpida actuación de hoy marcará el fin de su carrera, Ramírez.

—No, no querrá usted decir que voy a ser descalificado... que voy a ser expulsado del Colegio de Abogados por no haber sabido reprimir mis instintos al ser bárbaramente insultado por un compañero...

—Ramírez, siento mucho decirle que si el Colegio de Abogados solicita mi informe, diré la verdad y la verdad será siempre desfavorable para su carrera. Tenemos la obligación de deshacernos de seres como usted que pueden resultar perniciosos teniendo en sus manos un cargo que no saben emplear. Lo siento, Ramírez, pero creo que debo hablarle con entera franqueza.

—Pero... no... no puede ser. No ha ocurrido nada tan grave que no pueda ser reparado. Debe su excelencia escucharme. He estudiado

durante cinco años... durante cinco años he trabajado día y noche como un perro para poder ser Licenciado en Derecho y abrirme camino en la vida. Y ahora, porque he perdido mi propio control al sentirme insultado... ¡No, no, no puede ser! ¡Y además está mi madre! ¡Mi madre moriría de pena si yo fuera descalificado! No, señor juez, no, usted no consentirá que se me haga esa injusticia! — gritó Johnny que no podía contener su dolor y que sentía como si el mundo se hubiera hundido a sus plantas.

—Lo siento, Ramírez, lo siento; pero nada podré hacer por usted.

Johnny volvió a su casa presa de la más terrible desesperación. Y esperó la decisión del Decanato del Colegio de Abogados ante el que se había formulado la queja. Y la decisión fué su expulsión del Colegio, la ruina de sus ilusiones, el desvío total de su existencia, que había logrado encarrilar a fuerza de un nodado esfuerzo de voluntad.

\* \* \*

El cura párroco fué a visitarle. Había sabido por su madre todo lo

ocurrido y comprendía en qué estado de ánimo había de estar el pobre muchacho que tanto y tanto había hecho por salir de su miseria y que ahora se veía imposibilitado de actuar por el solo hecho de haber querido vengar una injuria cometida a su buena fe y a su lealtad.

Johnny se encontraba en aquel momento bajo los efectos del alcohol. Bebía y bebía sin cesar, para ahogar en vino su dolor, y el Padre le reprochó aquella debilidad con una sola frase que hizo reaccionar al muchacho.

—¿Es así cómo quieres regenerarte?—le preguntó el Padre apartando de él la botella de vino que tenía entre sus manos.

—Padre, algo tengo que hacer para no pensar—murmuró Johnny pasándose una mano por la frente, con una terrible angustia reflejada en sus ojos negros y profundos.

—Hijo mío, estoy verdaderamente apesadumbrado por lo que te está sucediendo. Han cometido contigo una terrible injusticia... Pero, piensa, hijo, que sólo en la satisfacción de nuestra propia conciencia podemos encontrar la paz. Acaso no puedas ahora comprender mis palabras, porque eres muy joven...

Pero cuando tu cabeza se cubra de canas como la mía, verás cuánta razón tengo.

—¡Pero, Padre, yo soy joven!... ¡La vida comienza para mí!... No puedo dejarme atropellar impunemente! ¡Tengo el derecho a vivir y a triunfar!

—Acaso, hijo mío, no supiste escoger el camino.

—¿Qué quiere decir, Padre?... ¿Cree usted que no debía ser abogado?

—No, no es eso precisamente lo que quiero decir. Quiero decir que acaso has hecho mal en poner por encima de tu conciencia y de tu paz espiritual ese afán de ambición y de gloria que te empuja y que te domina. Que acaso te has extraviado queriendo seguir un camino que conduce a la cumbre, y olvidando el sendero pacífico y lleno de flores que se desliza al pie de la montaña, callado y humilde, es verdad, pero tan lleno de compensaciones para las almas que lo saben comprender!

—Ya comprendo, Padre. En palabras muy dulces quiere usted hacerme ver que hubiera sido mejor para mí no salir de mi esfera... seguir siendo un lavacoches, o un ca-

marero de café, o un labrador de la tierra... un obrero, en fin, un obrero sin aspiraciones y sin esperanzas.

—No hay deshonra en ninguna de esas ocupaciones, hijo mío. Muchos han encontrado en ellas la felicidad. Nuestros padres eran labradores, hijo mío, y eran gentes honradas y dichosas... La ambición es la que siempre nos lleva a la desgracia, aun cuando nos da lo que le exigimos.

—Nuestros padres eran gentes buenas y usted también es un hombre bueno, un hombre muy bueno, Padre... pero yo sólo soy un hombre, un hombre que ambiciona y que anhela salir de la esfera en que el destino le ha colocado. ¡Y no pararé hasta lograrlo! Si no puedo ser abogado puedo ser millonario. ¡Eso es lo que da la gloria y el poder! ¡Padre, yo seré rico, cueste lo que cueste, y yo escalaré las cumbres que me llaman con el poder de su altura!...

—Ten paciencia, hijo mío, y verás como la vida va cediendo a tu impulso y como logras de ella lo que quieres.

—¡Paciencia! ¡Padre, he tenido paciencia durante cinco años!... He

pasado hambre, he trabajado más de lo que he podido, me he privado del sueño para poder estudiar, haciendo todo cuanto ha estado en mi mano para dejar mi condición de obrero y poder convertirme en un caballero, en una persona digna, en un miembro de la sociedad que siempre me ha atraído y me ha deslumbrado. Y todo, ¿para qué? Para que esos bandidos que se llaman a sí mismos caballeros y aristócratas, puedan burlarse de mí, porque soy pobre, y puedan hacer, injustamente, que mi vida se convierta de nuevo en escoria después de todos los sacrificios que he necesitado para salir del barro en que estaba hundido.

—Puedes intentar de nuevo resurgir, Juanito.

—Sí, voy a intentarlo, pero ahora no esperaré nada de los demás; todo lo voy a esperar de mí mismo. Quiero ser rico, millonario... Estoy convencido que sólo el dinero tiene poder en este mundo. Porque ellos son ricos, porque han podido costearse una educación cara se burlan del infeliz que se ha costado su educación a fuerza de trabajo y ha asistido a las clases nocturnas de los pobres. ¡No se burlarán más de

mí! ¡Yo sabré vengarme de todos ellos!

Nada pudo detener a Johnny; ni los razonamientos del Padre, ni las lágrimas de su mamacita que suplía al hijo de su vida, ni su propia conciencia que le decía con voz muy sorda que no debía abandonar su hogar, nada fué bastante fuerte para detenerle y, cogiendo su sucinto ajuar, marchó de su casa dispuesto a triunfar lejos de los suyos, lejos del rincón del mundo que había sido testigo de su fracaso, lejos de cuantos pudieran conocerle y ser un estorbo para sus ansias de cumbre y de gloria.

Marchó sin un centavo. Caminaba hacia el sur. Quería alcanzar alguna ciudad fronteriza en donde sabía que la vida era más fácil y que la conciencia podía actuar con más amplitud en cualquier clase de negocio. Caminaba hacia la frontera de su país para establecerse en una de aquellas ciudades que tenían mercado en uno y otro Estado: México y Estados Unidos. Pero el camino era largo y el hambre y la fatiga comenzaban a rendir a Johnny cuando se decidió a pedir ayuda a los automóviles que cruzaban la carretera siguiendo la misma direc-

ción que él llevaba. Pasaban continuamente automóviles de gente poderosa, de turistas que recorrían los Estados, de poderosos que visitaban su país cómodamente instalados en el interior de sus ricos automóviles guiados por chofers imponentes. Ninguno de aquéllos atendió al gesto de súplica del viajero solitario que caminaba con la maleta en la mano y la fatiga reflejada en su rostro. Johnny tenía un gesto de desesperanza cada vez que un nuevo auto pasaba de largo junto a su lado. Por fin decidióse a hacer su demanda a un camión de transporte que vió venir a lo lejos y sólo entonces encontró gentes comprensivas que detuvieron su carro y le preguntaron con esa ruda amabilidad característica en todas las gentes del pueblo:

—¿Dónde vas, muchacho?

—¿Dónde va usted? — preguntó Johnny contestando con otra pregunta.

—Yo, hacia el Sur.

—Pues es la misma ruta que yo sigo. Si no tiene inconveniente...

—Sube y adelante—dijo el conductor del camión poniendo de nuevo en marcha el enorme monstruo que conducía.

Y así Johnny Ramírez viajó hacia el Sur, en busca de la fortuna codiciada y de la posición social que tantos y tantos años había sido el sueño dorado de sus fantasías de juventud. ¿Lo hallaría en la tierra a la que iba a pedir lo que su patria no le quiso dar? Llevaba la ambición metida dentro de sí y una fuente inagotable de energía para llevar a cabo sus propósitos, pero la vida es cruel, dura e inhumana y se divierte torciendo destinos y desbaratando ilusiones forjadas con todo el ardor de la juventud y todo el entusiasmo de la inexperiencia.

\* \* \*

El cabaret llevaba el pimpante título de "El zapato de plata" y su enseña era la silueta de un zapato de mujer delineada con una línea de color rojizo que brillaba en la obscura tranquilidad de la noche. El cabaret era propiedad de Charlie Roark, el grueso Charlie, al que todos conocían y al que querían por su carácter campechano y por la gracia con que sabía llevar su negocio, negocio que prosperaba de una manera admirable desde hacia

poco tiempo y gracias a un nuevo empleado que había llegado de lejanas tierras y se había hecho poco menos que el dueño de "El zapato de plata". Charlie Roark no hubiera cambiado a aquel empleado por nada del mundo. Era un muchacho que llegó allí totalmente desconocido de todos, pero que por su voluntad firme y su carácter decidido había sabido captarse la simpatía de Charlie que sabía apreciar aquellas cualidades sobresalientes del chico.

Charlie Roark ya no discutía con sus proveedores ni con sus competidores si no era ante su fiel amigo y servidor Johnny Ramírez... Johnny Ramírez era el que daba la tónica de las decisiones de Roark y Johnny Ramírez se sabía hacer comprender con una sola mirada por el grueso propietario que sonreía siempre y que se sometía con fe ciega a las decisiones de mister Ramírez.

—No, no, amigos míos, no estoy decidido a vender mi "Zapato de plata" si no es por la cantidad fijada en el contrato que os he presentado — decía Charlie a los que habían ido a tratar con él y que querían especular con la compra de un cabaret acreditado sobradamen-

te y que producía pingües ganancias.

Antes de formular aquella categórica negativa, Charlie Roark había mirado a Johnny que le había hecho un imperceptible gesto que rápidamente él comprendió. También debieron comprender los otros que la orden venía de aquel muchacho desconocido que tanta influencia había ganado sobre Charlie, porque el que llevaba la voz cantante de aquel negocio murmuró con despecho:

—Hemos venido a tratar con usted, mister Roark, y no estamos dispuestos a recibir órdenes de mister Ramírez.

Charlie soltó una franca carcajada. Johnny Ramírez era su brazo derecho y estaba orgulloso de tenerle. En el establecimiento no se hacía nada sin consultarle y Johnny se multiplicaba y se encontraba en todas partes, sobre todo allí donde sabía podía hacer más falta. En cuanto vió que el negocio marchaba conforme a su deseo, Johnny salió del despacho de Charlie para dirigirse a la sala de juego y controlar las ganancias que no siempre eran lo bastante limpias. Charlie se quedó charlando con sus compañeros,

con los que fingían ser sus compañeros y que habían ido allí únicamente para explotarle.

—Díganme, amigos, ¿qué es lo que les hace creer que estoy dispuesto a vender mi cabaret?—les preguntó mirándoles con una larga mirada de interrogación.

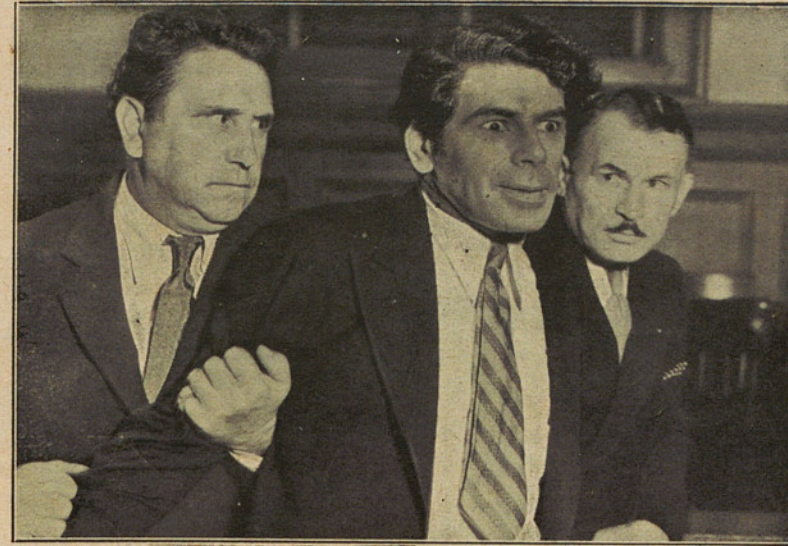
—Ha sido una idea nuestra... nadie nos la ha sugerido... Creímos que si no quería usted venderlo podríamos llegar a formar una compañía poniendo nosotros algo de capital y ampliando el negocio hasta llegar a ser los dueños absolutos de todas las casas de juego de la ciudad. Aquí se juega más que en parte alguna. Estamos en la frontera mexicana y el gobierno de uno y otro país hace la vista gorda. Siempre es el país contrario el que tiene la culpa... y así queda todo salvado.

—No quiero compañía alguna, amigos. Mi cabaret es mío... ¿comprendéis? Y ahora da el triple de lo que daba hace unos meses. Mi última palabra está dicha... aunque la haya dicho Johnny Ramírez por mí, ¿entendidos? Este es mi modo de tratar los negocios... Me gusta siempre rodearme de buenos amigos y Johnny Ramírez es el mejor

amigo que he encontrado en toda mi vida.

—¿Cómo le trajiste aquí?—preguntó uno de los hombres, intrigado por aquel muchacho cuya procedencia se desconocía y cuya influencia en el establecimiento de Charlie Roark era evidente.

—No le traje... ¡se vino él solo!—rió Charlie con su franca risa de hombre feliz—. Hace poco más de un año llegó aquí, se sentó a una de las mesas, lo miró todo con detenimiento, como si le interesara mucho o como si buscara algo, y luego se dirigió a mi administrador y le preguntó si tenía algún puesto para él. ¿Os acordáis de Butch Unders, eh? No era un hombre que se dejara amilanar por un chiquillo... Butch, ante la insistencia del desconocido, le preguntó: “¿Qué clase de empleo quiere usted?” Y el desconocido le contestó muy seriamente “El puesto que usted ocupa”... ¿Qué les parece la contestación?... Pues a Butch le asombró mucho más que a ustedes, tanto que se precipitó sobre el desconocido y me parece que aquello es lo último que recuerda Butch, pues perdió el conocimiento y no lo recuperó hasta al cabo de dos horas, para encon-



Algunos empleados lograron detenerle... Johnny tenía los ojos encendidos de ira.



... y dió un banquete para celebrar su gran triunfo.



Nado pudo defener a Johnny... ni las lágrimas de su mamacita.



Marie, la esposa de Roark, que estaba prendada de la belleza un poco primitiva de Ramírez...



Johnny Ramírez era su brazo derecho...



—Vamos, nena, se razonable... Johnny te acompañará...



—No tengo ningún vicio que no sepa dominar a mi antojo...



Intentó besar a su mujer con aquella boca fétida y repugnante.



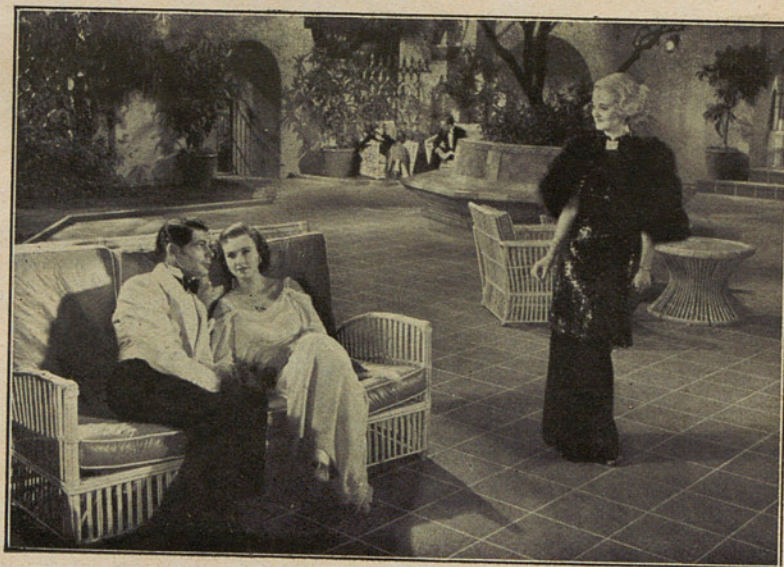
—Estoy dispuesta a contestar a cuantas preguntas se me hagan.



Johnny se paseaba con su pantalón negro y su smoking blanco irreprochable, elegantísimo...



—¿Puedo escoger?... Entonces... para nosotros.



Marie estaba allí, a un paso de ellos, mirándoles con una mirada de sorpresa y de ira...



—Sí, sí, sí... fui yo quien mató a Charlie Roark.



Los celos y el odio la enloquecieron... y denunció a Ramírez como asesino de su esposo.



Al pasar junto a Johnny le miró con una mirada intensa en la que estaba diluía toda su ternura de mujer...



—Hijo mío, nada ni nadie logrará romper las barreras creadas por la propia humanidad...

## B A R R E R A S I N F R A N Q U E A B L E S

trarse que había sido sustituido ventajosamente por Johnny Ramírez en el empleo que hasta entonces tuviera él.

—¿Y se quedó con mister Ramírez porque había vencido a Butch?

—Me gustan los vencedores—replicó Charlie echándose atrás en su silla y metiendo sus manos en los bolsillos del pantalón—. Por eso me quedé con él.

Comprendieron pronto aquellos hombres que mientras Johnny Ramírez estuviera al lado de Charlie Roark no había medio de hacer negocio con él y desistieron de su intento.

Johnny Ramírez iba triunfando. Muy otro era el camino que seguía para llegar a la meta propuesta; pero fuera uno u otro camino el caso era llegar y él estaba dispuesto a llegar. Era un salvaje, lo sabía... Bien claramente se lo había hecho comprender aquella chiquilla encantadora que se burló de él el día de su primera vista y que le había enloquecido con la mirada de sus ojos negros y acariciadores. Era un salvaje, pero iba a cubrirse de oro y el oro taparía todo su salvajismo. Johnny estaba contento. Sabía llevar el negocio mucho mejor que el propio Charlie y si podía seguir

allí, llegaría a ser el socio de Roark y quién sabe si el dueño del establecimiento.

Mientras caminaba por entre las mesas del restaurante vió Johnny a Marie, la esposa de Roark, la fina y espiritual Marie que había quedado prendada de la belleza viril y un poco primitiva del administrador de su marido desde el día en que por primera vez le vió en el cabaret... Johnny se había dado cuenta pronto del efecto que causaba en la esposa de su amo y protector, pero Johnny no pensaba en el amor y mucho menos en el amor fuera de la ley, ni pensaba en la traición, y mucho menos en la traición a un amigo leal y bueno al que sólo debía atenciones y por el que iba escalando la cumbre soñada. Johnny procuraba evitar todo encuentro a solas con aquella mujer que era la tentación hecha carne, con aquella mujer que le perseguía y que le asechaba y que no perdía ocasión para hacerle insinuaciones que Johnny nunca quiso comprender. Ahora, al verla, esquivó su mirada y procuró pasar inadvertido charlando con la clientela y vigilando a los empleados, que no siempre cumplían como era su deber.

—¡Johnny!—le llamó Marie son-

riéndole desde lejos—. ¡Johnny!... Me ha visto y ha vuelto usted la cabeza, ¿por qué?

—¿Usted cree que la he visto?— preguntó Johnny esquivando contestar directamente—. Su esposo estará muy contento de verla aquí... Pase, está allá adentro con unos amigos.

Marie siguió a Johnny que ni siquiera la miraba ni le prestaba la menor atención; le siguió de mala gana y saludó con frialdad a su marido.

—¡Hola, nena! — exclamó éste satisfecho de poder lucir ante sus amigos a aquella mujer bellísima, elegante, distinguida, que disimulaba perfectamente, cuando quería, el lugar de donde la había sacado—. ¡Esto sí que es una sorpresa!

—¿Agradable? — preguntó ella mirando a Johnny con sus grandes ojos azules, como si fuera a él al que interrogara y no fuera a su propio esposo.

Charlie se levantó y llevó a su mujer aparte:

—Oye, nena, ya sabes que no me gusta que vengas a un lugar como éste. No es un lugar digno de ti.

—Pero es tu establecimiento...— musitó ella queriendo excusarse.

—Sí, para negocio está bien, pero no está bien para mi mujercita... Yo quiero que mi mujercita sepa guardar las formas. Este no es lugar para una dama.

—Es verdad, Charlie... pero yo no puedo acostumbrarme a estar todo el día sola en casa... Todo el día y toda la noche... ¡Tú siempre estás aquí! ¡Todos estáis siempre aquí! ¡Y yo me muero de tristeza! Mi única distracción es dar comida a los peces rojos del estanque, pero los peces sólo comen una vez al día... Yo necesito distracción, Charlie...

—Vamos, nena, sé razonable... Vete a casa otra vez... Sé buena, ¿quieres? Johnny te acompañará... Anda, ve, ¿verdad que vas a obedecerme? Johnny, ¿quieres acompañar a mi mujer hasta el automóvil?

—Con mucho gusto, míster Roark — asintió Johnny sin dar muestras de turbación.

—Bien, me marchó, puesto que tú lo ordenas—dijo Marie un poco despechada.

Johnny acompañó hasta el coche a aquella mujer que sentía deseos de turbarle y de enloquecerle, pero cuyos caprichos se estrellaban

contra la serena frialdad de aquel hombre, tanto más codiciado cuanto más inflexible aparecía a los ojos de la bella.

Marie subió al coche, dejando que Johnny aguantara la portezuela y, con un gesto rápido, que cogió de improviso al muchacho, le dió un apasionado beso en los labios. Ni un parpadeo, ni un gesto de sorpresa, ni la alteración de un músculo que denotara el efecto que en los sentidos había producido la súbita caricia... ¡nada!... Aquel hombre era de hierro y Marie quería doblegarlo. Johnny se inclinó únicamente, con ceremonia, como se hubiera inclinado ante cualquier otra dama, cerró la portezuela y volvió a entrar en el establecimiento de Charlie, como si nada hubiera ocurrido. Para él aquella mujer era inmarcesible... Además, Johnny aspiraba a conquistar a una dama, y aquella mujer no era una dama... aunque Charlie se empeñara en tratarla como a tal.

Tarde en la noche, casi a la madrugada, cuando el último cliente había salido del cabaret y los camareros recogían las mesas y las cubrían con las grandes fundas de hule, Johnny y Charlie hacían el recuento de las ganancias.

—Seiscientos noventa y seis dólares y veinte céntimos—dijo Johnny después de haber contado toda la plata que había en el cajón.

—Seiscientos noventa y seis dólares—replicó Charlie mientras iba anotando en el libro de ingresos—. No es mala entrada para una noche a mitad de semana.

—No está mal, pero podría estar mejor — dijo Johnny, que no se daba por satisfecho.

—¡Eres el eterno descontento!— rió Charlie con su gruesa risa que hacía mover toda la masa de su enorme corpachón de bebedor empedernido—. Creo que fué mi día afortunado el día en que entraste aquí en busca de empleo, Johnny.

—Tu suerte puede cambiar de un momento a otro, Charlie — dijo Johnny mirándole fijamente a las pupilas.

—No lo creo; tengo confianza en ti.

—Y puedes tenerla, Charlie; pero es tiempo ya de que hablemos despacio de nuestros asuntos, ¿no te parece?

—Bien... ya sé lo que quieres decir. Si se trata de que te aumente el sueldo, ya sabes que desde ahora está concedido; sé hacer justicia al que se la merece.

—No se trata de un mero aumento de sueldo, Charlie... Quiero una participación en el negocio, un porcentaje de los ingresos netos.

—¿Participación en el negocio? —preguntó Charlie asombrado.

—Sí; se me han hecho ya muchos ofrecimientos en este sentido.

—¡Oh, muchacho, tú no me dejarás, verdad! —preguntó Charlie dándole un amistoso golpe en la espalda—. Ya sabes que te he puesto buena voluntad y que te tengo afecto sincero; no es todo materialidad lo que nos une, Johnny.

—Ya lo sé, Charlie, y yo correspondo a la buena amistad que me brindas; también yo te tengo cariño y no seré nunca capaz de cometer contigo una villanía... pero el negocio es el negocio...

—Claro, sí, ya comprendo. Bueno, está bien... Si te parece, puedo darte el cinco por ciento de los ingresos netos.

—¡Oh, pero eso es como si dieras comida a un pajarito, y yo soy un aguilucho, Charlie!... ¡El cinco por ciento! No; el veinticinco por ciento; si no te parece bien, puedes disponer de mi puesto desde el sábado.

—¿El veinticinco por ciento?—

repitió Charlie, para el que aquella suma resultaba fabulosa—. Oye, Johnny, tú eres mi amigo...

—Nadie es amigo mío cuando hablo de negocios —replicó Johnny inflexible, con duro acento.

—Veinticinco por ciento...—volvió a murmurar Charlie—. Es cosa que ha de pensarse, Johnny, y, antes de tomar una resolución, quisiera consultarlo a mi mujer.

—Está bien, pero quiero tener una contestación afirmativa, sea la que sea, antes del sábado.

—¿Por qué no esta misma noche? Vente conmigo a casa y se lo preguntaremos a Marie, ¿quieres?

—Si a ti te parece bien...

—Vamos andando.

El coche de Charlie Roarck se deslizó rápidamente sobre el asfalto de la carretera. Charlie vivía en las afueras de la ciudad, en una magnífica casa rodeada de jardín y puesta con un lujo principesco. Cuando iban a llegar al garage, Johnny hizo intento de saltar del coche.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Charlie, divertido con la idea de sorprender a su amigo con el gran invento que tenía para su uso particular.

—Voy a abrir la puerta del garage.

—No, no, siéntate y verás qué sencillo es... Ves, por medio de este resorte, cuando el automóvil lo pisa, la puerta se abre sola. Y luego, al salir, sólo has de tener la precaución de volver a pisar el resorte y la puerta queda herméticamente cerrada. Así no es fácil que nos roben los coches, porque este cierre automático queda anulado cuando se cierra desde la casa la electricidad que viene al garage. ¡Es un invento magnífico!

—¡Magnífico! —exclamó entusiasmado Johnny—. Pero ha de haberte costado un dineral su instalación.

—Ha costado caro; pero todo me parece poco para la casa en la que vive Marie... Esa mujer lo merece todo y yo haría por ella cualquier locura que me pidiera.

—Cuando yo gane mi cincuenta por ciento —dijo Johnny después de un breve silencio, durante el que había considerado con entusiasmo el amor apasionado que Charlie sentía por su esposa—, también yo me haré construir un garage en esas condiciones... —Johnny rió con una risa franca, como si aque-

lla posibilidad de ganar él el cincuenta por ciento del negocio de Roarck fuera una cosa lejana e imposible.

Entraron en la casa. Marie iba vestida con una elegancia y un refinamiento que hubieran turbado a cualquier hombre de menos temple y de menos voluntad. Cuando les vió llegar a los dos, sonrió satisfecha y sus ojos brillaron con la luz que les daba la pasión que sentía por el desdeñoso amigo de su marido.

Charlie llevó a Marie a una habitación contigua al salón, para exponerle las pretensiones de Johnny y tomar consejo de ella. Sabía que Marie siempre le había dado buenos consejos en cuestiones de negocio, y nunca daba un paso definitivo sin consultar con ella y sin escuchar sus razones. A Marie le pareció aquello admirable. Mucho más le hubiera dado ella a Johnny si hubiera sabido que con ello había de obtener su favor. No estaba segura de dominarle así; pero estaba segura de que así le conservaría a su lado y el tiempo acaso venciera la resistencia que hoy le oponía aquel hombre que parecía insensible a los encantos de su cuer-

po maravilloso y de su belleza perfecta.

—Te felicito, Johnny — dijo Charlie entrando de nuevo en el salón y, tendiéndole la mano, le dijo con acento de efusiva amistad: ¿Cómo está usted, socio?

—¿Concedido?—preguntó Johnny con alegría.

—Concedido. A Marie le ha parecido muy bien tu proposición y a mí me parece bien todo lo que dice Marie.

—Bien, pero conste que no seré un verdadero socio hasta que consiga ganar un cincuenta por ciento de las ganancias.

—¡Oh! ¿Has visto desvergüenza semejante, Marie? — exclamó, bromeando, Charlie, que estaba encantado de haber solucionado tan fácilmente aquel negocio.

—Ten cuidado, Charlie — contestó Marie envolviendo en una dulce mirada a Johnny—. Acabarás teniendo que trabajar para él, si eso continúa así...

—No sería un mal burgués... — replicó, riendo, Johnny, mientras Charlie le hacía coro con una satisfacción sin límites.

—Vamos a celebrar esta fecha memorable bebiendo a nuestra sa-

lud unos cockteles... Yo mismo los haré... Tengo especialidad en ello... Vuelvo en seguida.

Charlie salió del salón y Marie se acercó, con un movimiento felino y tentador, al muchacho, que seguía mostrando su desdeñosa indiferencia.

—Bien... estará usted contento del éxito obtenido — le dijo, mirándole fijamente.

—Estaba seguro de él... Desde el primer día he trabajado para alcanzarle. Justo era que lo lograra después de más de un año de trabajo.

—¿Y no desea usted nada más... algo que no sea ese afán de ganar y ganar dinero, por el solo afán de ser rico?

—¿Hay algo malo en ello? — preguntó Johnny con marcada intención.

—No... y perdone si le molesto; trataba únicamente de entablar una conversación de sociedad, ya que con usted es imposible atacar otros temas... ¿Un cigarrillo? — le preguntó, ofreciéndole abierta la pitillera.

—Gracias, no fumo...

—No fuma, no bebe... ¿No tiene usted ningún vicio?

—Ninguno que no sepa dominar a mi antojo — replicó Johnny clavando sus pupilas de fuego en las pupilas tentadoras que le miraban queriendo enloquecerle y enloqueciendo ellas al no lograr sus propósitos.

Marie tuvo que ceder ante la insistencia de Johnny, que la dominaba y la manejaba a su antojo. Aquel era el primer hombre que se había cruzado en su vida y al que no le era posible vencer. Aquel era el primer hombre que la vencía a ella, a ella, acostumbrada siempre a ser la dueña de la situación.

\* \* \*

Pocos días después, Charlie Roarck consultó a un médico amigo suyo acerca de unos trastornos intestinales que sentía y que no sabía a qué atribuir. El doctor, después de haberle examinado sucintamente, le dijo que todo le provenía del mal estado de su dentadura, y que era preciso acudir a un dentista para que le quitara todo lo malo que tenía en su boca y le pusiera dientes con los que pudiera

masticar bien la comida ingerida. Charlie se puso contento como un chiquillo. Ir al dentista representaba marchar a Los Angeles y hacer una excursión de recreo con su mujercita. Estaba seguro de que a Marie le encantaría poder ir con él a Los Angeles; a Marie le gustaban las grandes ciudades, el tumulto de las urbes populosas y sería para ella una fiesta la excursión. Mientras él estaría en manos del dentista, ella podría recorrer tiendas y comprarse cuanto se le antojara. Corrió a su casa decidido a partir aquella misma noche. Era ya tarde, pero no importaba. La noche era la hora mejor para correr por las carreteras solitarias. Así, estarían allá desde muy temprano de la mañana y podrían dedicar todo el día, él a sus consultas y ella a sus correrías por las tiendas.

Marie no recibió la noticia con el placer que Charlie esperaba y, no sólo no la recibió con alegría, sino que se negó en absoluto a partir con él. Pretextó jaqueca, cansancio, desgana, y fingió quedarse dormida en su cama matrimonial, para levantarse a los pocos momentos después que hubo oído el ronquido del motor del automóvil ale-

jarse de la casa en dirección a Los Angeles. Se vistió con refinada coquetería, poniéndose un magnífico *deshabillé* que sentaba perfectamente a la blancura mate de su rostro y a sus cabellos rubios, de un rubio de lino que daban infantilidad a su semblante de diablesa. Estaba magnífica. Se sintió muy dueña de sí y sonrió satisfecha al contemplarse en el espejo. Entonces salió al salón y esperó...

No tardó en llegar Johnny. Venía despreocupado, llevando en la mano el saco con el dinero recolectado durante la noche. Charlie le había suplicado que fuera a llevarlo a su casa y le había entregado las llaves de la caja, cuyo secreto Johnny conocía tan bien como su socio. Entró en el salón sin sospechar que encontraría en él a Marie y se dirigió al lugar secreto en donde estaba empotrada la caja de caudales, hábilmente disimulada tras una pintura. Cuando ya había abierto, oyó la voz de Marie que le decía en un tono insinuante y tierno:

—Buenas noches, Johnny...

—¡Ah, creí que se había marchado usted a Los Angeles con su esposo!... He venido aquí por or-

den suya... Tengo que guardar el dinero.

—Sabía que vendrías y por eso no he querido ir a Los Angeles—dijo ella con una voz cálida y apasionada.

Johnny no se movió ni contestó a aquella insinuación directa; pero tampoco seguía haciendo su trabajo; sus ojos habían quedado prendidos en los ojos de Marie, que le miraban con un fuego profundo y que le turbaban con la claridad de sus pupilas, que debían ser inocentes por lo azules, y que eran perversas por la luz que en ellas brillaba.

—No quiero estorbarle en su trabajo... Siga, siga usted —murmuró ella, que deseaba tener al joven todo entero para ella.

Johnny obedeció la orden, guardando el dinero en la caja y haciendo girar de nuevo el resorte secreto, hasta que la pintura cubrió otra vez el lugar en donde quedaban almacenadas las ganancias de los dos socios. Entonces Marie, con toda maldad, apagó la luz central de la habitación y el salón quedó sólo iluminado por las luces indirectas de las pequeñas lámparas colocadas en los rincones. Era

una semipenumbra turbadora y excitante. Johnny se apresuró a encender de nuevo la luz central.

—¿Teme la obscuridad? —le preguntó ella con una fina sonrisa irónica.

—No temo la obscuridad ni la temo a usted, Marie...—dijo Johnny con decidido acento—. Escuche, señora... de una vez para siempre, quiero decirle que me gusta, que me gusta usted mucho y que podría hacerla mía, si quisiera... pero que jamás cometeré la canallada de traicionar a Charlie, que es mi amigo y mi socio. Los dos nos entendemos muy bien en el negocio; todo marcha a nuestro gusto; no consentiré nunca que una mujer se interponga entre los dos y deshaga la armonía que nos une; jamás mujer alguna podrá hacer que me desvíe del camino del negocio...

—¡Ya comprendo!... Tiene usted una máquina de calcular en lugar de corazón —murmuró Marie un poco despechada.

—Quizá... Pero mientras me sirva para ir sumando, sumando siempre, no me quejaré...

—Algún día caerá usted desde esas alturas a que pretende subir y entonces sabrá del dolor de la caída.

—No caeré. Tengo absoluta confianza en mí mismo. Buenas noches, señora Roarck.

Johnny tenía, en verdad, el absoluto dominio de sí mismo y aquella mujer que se presentaba ante él tentadora y terrible, no lograba vencer su voluntad de hierro. La deseaba, ¿cómo no, si era bella y era joven y era irresistiblemente bonita? Pero por encima de su deseo estaba su razón, y su razón le decía claramente que jamás debía traicionar al hombre que con él se portaba noblemente y que le había dado la mano para hacer un negocio magnífico, tan magnífico que esperaba en pocos años llegar a la meta soñada.

Charlie Roarck ignoraba en absoluto el juego de su mujer; vivía apartado de toda sospecha; tenía confianza en ella y tenía, sobre todo, confianza en su amigo. Charlie Roarck era un hombre optimista y todo lo veía a través de sus ojos ilusionados; además, estaba enamorado de su mujer, locamente enamorado, y el amor ponía una venda en sus ojos. No sabía ver más que la belleza espléndida de Marie y la dulzura de su mirada y el encanto de su cuerpo admirable. Todo lo demás no existía para él. Sólo

concedía, de tiempo en tiempo, alguna atención a la cerveza... y se entregaba a ella casi con el mismo placer con que se entregaba a su esposa.

Cuando regresó de Los Angeles, con su dentadura nueva, flamante, que le permitía comer de todo sin sentir en su estómago la más pequeña molestia, Charlie Roarck tuvo una de aquellas que él llamaba escapadas a la vida conyugal y que era puramente beber y beber hasta que la embriaguez ponía nuevos deleites a su vida sin inquietudes y sin zozobras. Aquella noche fué al cabaret con Marie y Marie presencié cómo su marido iba sumiéndose en aquel estado de brutalidad que le repugnaba y que le hacía odiarle. Marie no había concedido nunca tanta importancia a la borrachera de su marido como ahora, ahora que comparaba la intemperancia de éste con la sobriedad tan viril y tan enérgica de Johnny. Ahora el odio que sentía hacia Charlie crecía por instantes, porque por instantes se sentía más atraída por el otro, por el que no lograba vencer, por el que le seguía mostrando la indiferencia más absoluta y más cruel.

—¡Oh, Marie! ¿Por qué no te diviertes como yo? — le preguntó Charlie, abrazándola por la cintura y atrayéndola a sí con un gesto lascivo que impresionó a Marie de una manera extraña, con impresión de repugnancia y de despecho—. Bebe tú también. Hay que celebrar la inauguración de mi nueva dentadura — decía Charlie riendo con aquella su risa de hombre feliz que denotaba bien a las claras al buen bebedor de cerveza.

—Estoy fatigada... Tengo jaqueca... Quisiera marcharme a casa— murmuró Marie disgustada, queriendo llevarse de allí a su marido y acabar pronto con aquel espectáculo que le producía náuseas.

—¡Esperemos un poquito más, Marie!... ¡Me divierto tanto!... ¡Todos mis amigos celebran mi nueva dentadura!... La única que se empeña en no celebrarlo eres tú. ¡Me siento un hombre nuevo!

—A mí me gustaba mucho el hombre antiguo — murmuró Marie con acento fatigado.

—¡Qué gracia tiene mi mujercita! ¡Le gustaba el hombre antiguo! ¿Habéis oído? ¡Oh, Johnny, ven aquí a celebrar la gracia de mi mujer! — gritó, viendo pasar junto a

su mesa a Johnny, que no paraba un momento, yendo de un lado a otro, controlando el trabajo de todos, revisando los distintos departamentos y servicios, con una infatigable actividad gracias a la cual el negocio prosperaba constantemente—. Ven, Johnny, siéntate aquí y bebe una copa de champaña a mi salud.

—No puedo, Charlie, estoy muy ocupado; si no vigilo a los muchachos, se duermen y no atienden a la clientela... Luego vendré, más tarde, cuando ya todo el mundo se haya retirado.

Johnny siguió su camino a través de las mesas, seguido por los ojos grandes, luminosos, azules, que habían adquirido una expresión de rencor y de odio más acentuados.

—¡Qué simpático muchacho es ese Johnny! — exclamó Charlie abrazando de nuevo a su esposa. —¿No es verdad, Marie?

—¡Simpatiquísimo!... — dijo Marie entre dientes, mordiendo aquella palabra y tratando de dominar sus sentimientos, que parecían próximos a estallar.

Una hora más tarde, Charlie estaba caído sobre la mesa, dormitando su borrachera, aniquilado por el

alcohol, como una bestia inmundada. Marie le contemplaba con asco y con pena y con rencor. Cuando Johnny se acercó para ver qué pasaba, Marie, mostrando de un gesto a su marido, murmuró:

—¡Y a esto es a quien prometí amor, obediencia y sumisión!...

—¿Qué le pasa? — preguntó el joven, que siempre estaba un poco ausente de todas las cuestiones que no fueran el dinero.

—Creo que no necesita preguntarlo, si ve las botellas que le rodean...

—Debemos llevarle a casa... Es preciso que duerma tranquilo... Yo le conduciré hasta el coche. Charlie, levántate; es ya hora de retirarse...

—¿Eh?... ¡Ah, sí, Johnny, mi querido Johnny, pero yo estoy ya dormido... completamente dormido! ¿Dónde está mi mujercita? ¿Tú no sabes que yo tengo a la mujercita más encantadora de la tierra? Vamos, Marie, dame el brazo... No necesito que nadie me ayude. Me basta contigo...

A pesar de todas sus protestas, Charlie iba apoyado en el hombro de Johnny, que le llevaba casi en vilo, porque él era incapaz de mo-

ver sus piernas. Así le condujo hasta el automóvil, seguido por Marie, que llevaba en sus ojos una determinación oculta y que se sentó ante el volante con una expresión seria y reconcentrada.

—¿Quiere que conduzca yo y que les lleve hasta su casa? — preguntó Johnny, que sentía lástima de su amigo y también de aquella mujer.

—No, gracias; esta noche no — contestó ella secamente.

—Creo que no podrá usted cargarlo cuando lleguen a casa. Charlie no está en condiciones de dar un paso.

—Yo puedo arreglarme muy bien — repitió Marie, poniendo en marcha el coche y alejándose a toda velocidad.

Johnny les vio partir, se encogió de hombros y entró otra vez en el establecimiento.

Marie condujo el automóvil hasta el mismo garage; las puertas se habían abierto al tocar aquel resorte automático del que Charlie estaba tan orgulloso. Marie tenía el rostro sombrío y la mirada reconcentrada. Su marido estaba tendido en el automóvil, como un ser sin vida. Al parar el coche desper-

tó un momento, intentó abrazar a su mujer y besarla con aquella boca empapada en alcohol, fétida y repugnante. Marie se deshizo del abrazo con un gesto de asco invencible y le dió un empujón para deshacerse de aquel hombre que la ahogaba con su peso. Charlie cayó al suelo del coche y se quedó allí dormido, amodorrado por los vapores de la cerveza, que le subían a la cabeza y le producían un dulce mareo... Marie se pasó angustiada la mano por la frente. Su resolución estaba tomada, pero antes de llevarla a cabo, aun tuvo unos momentos de vacilación. Luego, irguiendo su figura esbelta y magnífica, como dándose fuerzas a sí misma, salió del garage sin parar el motor del automóvil y pisó intencionadamente el resorte que cerraba herméticamente la puerta... Allá dentro quedaba el cuerpo de su marido, inanimado por los vapores del alcohol y expuesto a quedar intoxicado por los vapores de la gasolina. Marie no volvió la cabeza ni retrocedió sobre sus pasos. Estaba decidida... Y marchó serena y altiva hacia su casa, encerrándose en sus habitaciones particulares.

\* \* \*

Marie tuvo que presentarse a declarar ante el Tribunal. Todos los testigos que por él habían desfilado, empezando por Johnny Ramírez, que sintió la muerte de su amigo como si fuera la muerte de su propio hermano, manifestaban que Charlie Roarck había salido del cabaret completamente embriagado. Este era un detalle de mucha importancia para que el crimen pudiera quedar completamente impune. Marie se presentó tranquila ante el Tribunal. Sabía ya muy bien lo que debía decir y estaba segura de que nadie sospecharía de ella. Sólo ella conocería la extensión de su culpa. Nadie más que ella conocería su delito. La justicia de los hombres no podría vengar aquel crimen.

—Siento tener que someterla a un interrogatorio, señora; pero las extrañas circunstancias de la muerte de su esposo nos obligan a llevar a cabo todas las investigaciones con minuciosidad y detalle.

—Estoy dispuesta a contestar a cuantas preguntas se me hagan —

contestó Marie, con los ojos cándidos llenos de lágrimas, el rostro muy pálido bajo los velos de viuda, que hacían resaltar más su belleza blanca y dorada, y una dulce expresión en todo su semblante, muy en consonancia con la situación y el momento.

Johnny, que vestía también de luto, la había acompañado y se disponía a escuchar la declaración de aquella mujer, de la que no se atrevía a sospechar, pero que le infundía una duda de la que quería librarse y de la que no lograba deshacerse por completo.

—No quisiera molestarla demasiado, señora, y me limitaré a preguntar a usted dónde estaba su marido cuando usted abandonó el garage—dijo el juez, que guardaba con Marie todas las consideraciones debidas a una dama.

—Estaba profundamente dormido, sentado en el asiento del automóvil. Yo no tuve fuerza bastante para llevarle hasta la casa.

—Su marido estaba fuertemente embriagado, ¿no es eso? Todos los testigos lo han declarado así.

—Sí, estaba embriagado... Yo no podía levantar aquel corpachón enorme, que estaba como inanima-

do. Le dejé allí pensando que luego, cuando despertara, vendría a casa. Debió despertar embriagado todavía y, al hacer esfuerzos por salir del automóvil, puso sin duda alguna en marcha el motor... No debió tener bastante fuerza para sostenerse sobre sus piernas y cayó al suelo del coche... Esta es la única explicación lógica de su muerte... — murmuró Marie sollozando en silencio, como si le doliera mucho la desaparición de aquel hombre.

—Gracias, señora; su declaración era de suma importancia para el proceso que se instruye; por eso nos hemos atrevido a molestarla a usted. No debe usted preocuparse, señora, y ha de tener valor para soportar la pena que la aflige. Ahora, el caso que nos ocupa aparece en toda su claridad. La muerte de su marido fué debida a un accidente casual. Encontró la asfixia en los vapores de la gasolina. Nadie es culpable de esa muerte, que en un principio parecía tan misteriosa. Lamento mucho haberla tenido que someter a este interrogatorio, ahondando más la herida reciente de su dolor. Señora, a los pies de usted y crea en el testimonio sincero de mi condolencia.

—Gracias — musitó Marie, fingiendo un recrudescimiento de su pena y saliendo del despacho del juez deshecha en llanto.

Desde el momento en que quedó viuda, Johnny se hizo cargo de todo el negocio. Sentía que era su deber amparar a la viuda de su amigo, en primer lugar, y sentía que era él el único sucesor digno del negocio de Charlie Roarck, al que él había dado un empuje y una relevante tonalidad. Fué Johnny el que acompañó a Marie a casa de notarios y apoderados, el que dió órdenes concretas y el que la orientó en aquel terreno que era para la mujer una cosa verdaderamente nueva. Johnny sabía bien qué era lo que debía hacerse y no se dejaba engañar fácilmente por la palabrería de aquellas gentes que solían hacer negocio en los momentos en que el dolor y la angustia enturbian los cerebros y en que el apremio de liquidar cuentas viejas y entrar en posesión de los bienes del difunto obcecaban las mentalidades y hacen que muchos se enriquezcan a costa de los que sufren una pérdida irreparable.

—Es usted muy dichosa de haber encontrado un consejero tan recto y tan desinteresado como míster

Ramírez — le dijo el banquero a Marie, después que hubieron arreglado el asunto de todos los intereses de Charlie, depositados en aquella entidad.

—Aprecio mejor que nadie los servicios que míster Ramírez me presta — replicó Marie sonriendo con dulzura.

—Sus asuntos financieros, señora, están en espléndido camino y creo que si alguna vez tiene usted dificultades en la vida, no serán de orden económico. Sobre todo si sigue teniendo a su lado a tan excelente consejero.

—Estoy segura de ello y haré cuanto esté en mi mano por no perderle — dijo Marie, mirando con una larga mirada de pasión a Johnny que no se fijó o no quiso fijarse en ella.

Johnny iba ahora todos los días a casa de Marie, iba todos los días y a cualquier hora, porque constantemente tenía que estar en contacto con ella, para poner en claro todos los asuntos en los que él solo nada podía hacer, si no contaba con la firma de la viuda de Charlie que era, teóricamente, la dueña absoluta de todo.

—No sé qué hubiera sido de mí

en estas circunstancias si no hubiera tenido a mi lado una persona como usted — dijo un día Marie a Johnny, dándole la mano agradecida y mimosa.

—¡Oh, no he hecho más que cumplir con un deber y procurar también por mis negocios!—replicó Johnny sin corresponder a la mirada ni a la caricia de la mano.

—Todo te lo debo a ti, Johnny... Yo no soy más que una chiquilla que desconoce en absoluto el terreno de los negocios... Mi ciencia no está hecha de cifras, sino de ternura y de cariño...

—Bien, bien, para eso estoy yo aquí, que no entiendo más que de cifras — contestó Johnny, desviando con marcada intención la conversación que ella quería iniciar. —Vamos a ganar ahora más dinero que en vida de Charlie, si me deja usted trabajar con libertad.

—Te concedo desde ahora toda la libertad que quieras.

—Pues voy a vender el café que ahora tenemos y construiré un nuevo establecimiento. Un establecimiento elegante y distinguido, expreso para gentes aristocráticas y acaudaladas. Vendrán a él banqueros, nobles, ricos comerciantes de

los dos países; toda la más elevada sociedad. Verá usted cómo voy a hacer el lugar más distinguido de todos los lugares de recreo que se ofrecen en estas ciudades fronterizas y verá usted cómo atraeré a un público que nada dejará que de-sear. Quiero refinar el ambiente... Quiero que acudan a nuestro establecimiento gentes que le den la tónica de su distinción. Quiero alejarme del ambiente en que hasta ahora nos hemos desarrollado y que siempre ha sido un poco equívoco, y transformarlo en un ambiente de la más refinada aristocracia. Si lo consigo, habré conseguido el fin de mi vida—dijo Johnny con una vehemencia que Marie aun no le conocía—. Y ahora, buenas noches. Aquí está la llave que me había guardado desde la muerte de su esposo, pero que ya no me hace falta, porque ahora está todo en regla y usted debe ser la que la guarde.

Era la llave de la casa. Marie sonrió con una sonrisa provocativa y miró a Johnny con una incitadora mirada:

—Puedes guardarla... Así podrás entrar siempre que tú quieras.

—¡Oh, no, no la necesito! Está

el timbre para llamar. Su casa es suya, y no mía. Yo vendré aquí como un visitante, no como un ladrón...

—Yo te la ofrezco sinceramente—dijo Marie, desenmascarándose y dando a comprender a Johnny lo que esperaba de él.

—¡Jamás! —murmuró éste con acento enérgico—. Yo seré siempre su socio... Nunca seré lo que usted quiere que sea...

\* \* \*

Marie siguió de cerca el desarrollo de los negocios. No le importaban mucho, porque nada entendía de ellos; pero únicamente así lograba estar algunas horas al lado de Johnny, de Johnny al que amaba con toda la vehemencia de su alma de mujer apasionada. La construcción del nuevo cabaret se llevaba a cabo con una rapidez admirable, dirigido todo por la mente de aquel hombre de hierro, que podía dar veinte órdenes a un tiempo y que no dejaba que nadie replicara a su voluntad. Johnny se centuplicaba. Su trabajo iba en aumento. Pero estaba contento, porque

tenía la seguridad de que su establecimiento sería aristocrático y eso era todo lo que él quería alcanzar.

La viuda de Roarck consumía su angustia y su remordimiento en la soledad de su casa. Cuando llegaba la noche, su inquietud crecía. Era un miedo absurdo, loco, inexplicable, el que se apoderaba de ella y le hacía sentir terrores hasta entonces desconocidos. Se paseaba a lo largo del salón en donde tantas noches había estado charlando con su marido, y cualquier ruido, su propia sombra, sus mismas pisadas al hacer crujir el entarimado del suelo, ponían en su corazón una angustia que la ahogaba. No podía soportar aquellas horas de la velada. Sentía que iba a enloquecer. Se asomaba a la ventana y entonces veía ante ella la puerta del garage, aquella puerta fatídica que hablaba para ella con una elocuencia aterradora. ¡Oh, aquella puerta que era una obsesión constante en su cerebro atormentado!... Huía de la ventana y volvía a pasearse por el salón, pero el silencio que la rodeaba le hacía daño. Creía escuchar la voz de Charlie. Le parecía ver en todas partes su rostro. Temía que se le presentara de un mo-

mento a otro, acusándola de su crimen malvado. Comprendía que su miedo era absurdo y que no tenía razón de existir; pero no podía dominarlo. Durante el día, menos mal; la claridad del sol disipaba temores; pero al llegar la noche y al llegar la hora en que el crimen se había perpetrado, sentía calofríos por todo su cuerpo y el miedo agrandaba sus pupilas y ponía palideces terrosas a su rostro contraído.

Una de aquellas noches en que la angustia la atenazaba con más insistencia, Marie quiso salir y correr al cabaret, en donde encontraría a Johnny; en su compañía hallaría alivio a sus recelos. Iba a salir en busca del automóvil, pero la aterró la idea de entrar sola en el garage, en aquella hora tardía. Llamó a su criado chino y le pidió que llamara un taxi.

—¿La señora quiere un taxi, teniendo en el garage todos sus automóviles?

—He dicho que me pidas un taxi—gritó Marie exasperada—. No te importa nada lo que yo haga o deje de hacer.

Salió de aquella casa, que era para ella una tortura, y marchó al

cabaret, en donde todas las obras estaban tocando a su término.

—¡Hola, Marie! — exclamó Johnny levantando apenas la vista hasta ella, mientras observaba los planos y daba instrucciones a los obreros—. ¿Has venido a ver nuestro establecimiento?

—No, he venido a verte a ti— contestó Marie mirándole con fijeza, pálido el rostro y los ojos brillantes.

—¡Ah, también yo hubiera querido ir a verla, pero no tengo tiempo de nada! Estoy ocupadísimo... Quiero que esto pueda ser inaugurado lo más pronto posible y no puedo dormirme sobre mis ocupaciones. Voy a enseñarle todos los departamentos que ya están terminados... Venga.

—¡No, no! — exclamó ella, nerviosa y excitada—. No me importa nada de eso. Yo sé que todo lo que tú haces está bien hecho. Oye, Johnny, sé que esta noche te vas a Los Angeles. ¿Por qué no me llevas contigo? Me haría mucho bien un paseo en automóvil y me haría mucho bien estar ausente por unos días de mi casa...

—Pero, Marie, tengo muchas cosas que hacer en Los Angeles, y tu

presencia entorpecería la marcha de mis asuntos.

—No entorpezco la marcha de tus asuntos cuando te doy dinero para todo lo que deseas... — murmuró Marie despechada y sombría.

—Vamos, no se enoje... Ya verá como lograremos ser multimillonarios en poco tiempo.

—¡No me importa el dinero!... Johnny, yo no quiero dinero... te quiero a ti, nada más que a ti... ¿Qué puede importarme el dinero si no te tengo a ti?... Johnny, mi casa me enloquece...

—¿Qué quiere decir? — preguntó Johnny sin comprender.

—Aquella soledad me aterra... Tengo miedo, Johnny, tengo un miedo feroz que no me deja vivir... Por todas partes me parece que voy a encontrar a Charlie... Creo escuchar sus pasos en el *hall*; creo escuchar su voz, que me llama cuando estoy dormida, como hacía siempre que llegaba a casa tarde en la noche y quería charlar conmigo de todos sus éxitos de hombre de negocios.

—Y cualquier día vas a recibir una carta suya escrita desde el otro mundo... — dijo Johnny bromeando.

do, no queriendo dar importancia a la angustia creciente de Marie.

—¡No te burles!... Ya sé que todo cuanto te digo es absurdo, que parece una niñería; pero es preciso haber sentido ese miedo para comprender lo espantoso que es; es preciso conocer esas horas terribles de soledad y de angustia, en las que el menor ruido tiene un alma, en las que todo, hasta nuestra propia sombra nos habla del desaparecido... Johnny, acompáñame a casa... ¡Tengo miedo!

—Vamos, vamos, todo eso son niñerías... Ya verás cómo te irá pasando. Ven, te acompañaré y registraremos toda la casa en busca del pobre Charlie. No comprendo por qué se les ha de temer a los muertos. Son los únicos que no pueden hacernos daño alguno.

Marie sentía un frío sudor empaparle la frente. Aquella angustia, aquel miedo absurdo que la hacía sufrir espantosamente, no podría curársele nunca, nunca. Era el miedo del remordimiento; era la voz de su propia conciencia. La justicia humana había dejado impune el crimen cometido; pero Charlie se vengaba de ella haciéndole sentir constantemente el peso de su falta.

El automóvil, conducido por Johnny, se deslizó por la carretera y embocó, iluminándola plenamente con sus faros potentes, la puerta del garage. Marie dió un grito:

—¡Para!... ¡Para! — exclamó llevándose la mano a los ojos, como si quisiera ahuyentar una dolorosa visión.

Johnny no le hizo caso y siguió adelante, pero Marie abrió la portezuela e iba a lanzarse fuera del coche, cuando Johnny la detuvo, extrañado, sujetándola por el brazo y diciéndole:

—¿Qué vas a hacer?... ¿No ves que te vas a matar?

—¡Oh, perdona!... — murmuró Marie reponiéndose y tratando de disimular su sentimiento—. Es que quería bajar delante de la casa y creí que no me habías oído... Sigue tú hasta el garage... yo prepararé entretanto un poco de café... Perdoname.

Corrió Marie hacia la casa y Johnny se la quedó mirando con una mirada investigadora. Sus sospechas no habían cuajado nunca en una acusación concreta. Pero aquella mujer... aquella mujer, con su actitud extraña y con su modo de proceder, se delataba a sí misma. Johnny no quiso seguir pensando

en aquello y condujo el automóvil hasta el garage y volvió a la casa tratando de apartar de su imaginación la idea que desde hacía tiempo le punzaba.

Johnny estaba demasiado ocupado en sus intereses para pensar con detenimiento en las angustias de la viuda, y olvidó pronto la escena de aquella noche.

El cabaret, que ahora se llamaba "La Rueda" y cuya insignia era una enorme rueda de fuego que giraba constantemente durante la noche, llenando de luz la fachada del edificio y dejándose ver desde muy lejos, iba a inaugurarse. Johnny estaba contento de su obra. Había un lujo y un refinamiento en todo que asombraba y los mismos empleados eran gentes cuidadosamente escogidas y a las que se había sometido a una verdadera disciplina. Johnny esperaba que la inauguración fuera una cosa solemne.

Lo que no esperaba es que superara a todas sus ilusiones. La noche de la inauguración, el cabaret estaba rebotante del público más distinguido y aristocrático. Habían venido automóviles de Méjico y de lejanas poblaciones del Estado de California. Todos sentían curiosi-

dad por ver aquel cabaret que desde hacía unos meses anunciaba su inauguración como cosa fantástica y maravillosa. Johnny se paseaba con su pantalón negro y su smoking blanco, irreprochable, elegantísimo, por entre las mesas del comedor y las mesas de la sala de juego y los sillones de los rinconitos de descanso y de charla. No faltaba un detalle. Estaba contento de sí y de su obra.

—Señor Ramírez — le dijo el mayordomo inclinándose ante él, acaban de llegar unos señores que desean una mesa y no hay ninguna libre...

—Dígales que vuelvan la semana próxima — contestó Johnny sin dar importancia a aquello.

—Los señores insisten en que darse. Son gente muy bien, muy distinguida. Creo que sería bueno atenderles. Han dicho que querían hablar con el dueño. Están admirados de la belleza de este salón y no quieren marcharse.

—¿Quieren hablar con el dueño?... Está bien, pues hablarán con él—dijo Johnny encaminándose hacia el hall, en donde los recién llegados esperaban.

Los ojos de Johnny despidieron

un fulgor de alegría y de orgullo. Los que esperaban eran antiguos conocidos suyos, eran aquellos a quienes tenía siempre fijos en su pensamiento, eran los que mayor realce habían de dar a la inauguración de su establecimiento y los que estaba más contento de que pudieran contemplar su triunfo, el definitivo triunfo de su raza, que un día se complacieron en humillar...

Eran, en una palabra, la encantadora Dale y el cínico Brook, que asistían a aquella inauguración bien ajenos de pensar que iban a encontrarse con el salvaje abogado del que se habían burlado tan ricamente y cuya carrera habían destrozado con la fuerza de su dinero.

—¡Oh, ahora sí que puedo afirmar que esta noche es mi noche de triunfo! — dijo Johnny inclinándose ante los recién llegados y sonriendo con una fina sonrisa de placer—. Vienen a mi establecimiento viejos amigos, que han olvidado hacerse reservar una mesa. Pero yo sabré tratarlos como viejos amigos...

—¡Oh, pero no me va a decir que es usted el propietario de todo eso! —exclamó Dale admirada, contem-

plando el rostro de aquel hombre que tanto le había interesado desde el día en que le conoció en la sala del Tribunal.

—El propietario soy yo, señorita, aunque le parezca mentira...

—Entonces creo que podrá darnos usted una mesa — dijo Brook queriendo congraciarse con aquel hombre, al que tanto daño había hecho.

—Desde luego, desde luego... No faltará mesa para mis *viejos amigos*—dijo Johnny acentuando mucho aquella expresión que se complacía en darles, ahora que se sentía su igual—. Tendrán una mesa, concedida como un especial favor que se hace a los amigos. Herrera, acompaña a los señores a la mejor mesa que encuentres en el salón... Son amigos míos y hay que tratarles como a tales. Mi mayordomo les acompañará — dijo Johnny volviendo a inclinarse con un digno respeto.

—Le agradeceré como un favor especial que me acompañe usted mismo, "Salvaje" — le dijo Dale, apoyándose sencillamente en su brazo y sonriéndole con aquella sonrisa que había enloquecido al joven y que no había olvidado a

través del tiempo y del trabajo a que se había entregado con todo su ardor.

—¿Salvaje? —preguntó Johnny sonriendo también y mirando entusiasmado la belleza fina y distinguida de la damita—. ¿No tiene miedo de que la despedace con mis dientes de caníbal?

—Quiero hacer la prueba... —murmuró Dale coqueteando con aquel salvaje que tenía todo el encanto de la originalidad—. Siéntese a nuestra mesa. Beberemos champaña y brindaremos por la prosperidad del negocio.

Johnny aceptó. Brook estaba un poco desconcertado, pero como ya estaba acostumbrado a las veleidades de Dale, que gustaba de todo lo nuevo y que sentía un especial atractivo por los seres primitivos, no dió importancia al hecho de que Dale dedicara toda su atención a Johnny, dejándole a él un poco olvidado.

La música hizo escuchar sus sonos. Fueron muchas las parejas que salieron a bailar. Johnny contemplaba el espectáculo con verdadera complacencia. Ahora se veía aún más el ambiente refinado y aristocrático que había sabido dar

a su establecimiento, y aquello satisfacía por completo sus ansias... Dale le miró y le dijo, insinuante y gentil:

—¿Le gusta bailar?

—Con usted sí —contestó Johnny levantándose y ofreciéndole sus brazos.

Dale se dejó llevar por ellos y los dos diéron vueltas y vueltas en torno al salón, dejándose arrastrar por la armonía de la música y por la cadencia del compás.

—Baila usted admirablemente bien— dijo Dale entusiasmada—. ¿Baila así con todo el mundo?

—Bailo así únicamente con las damas... con señoras como usted... Usted es la primera dama que yo conocí y por eso no he podido olvidarla nunca a través de mi vida un poco accidentada.

—¿Es eso un cumplido? —preguntó Dale sonriendo un poco intimidada por las palabras de Johnny en las que creía adivinar un deje de ironía.

—No acostumbro insultar a la clientela —rió Johnny.

—Entonces... ¿no soy para usted más que una cliente? —preguntó Dale insinuante.

—¡Oh, no, no, usted es para mí

una mascota! La primera vez que la encontré, me exasperé contra su amigo y aquello fué el principio de mi fortuna... Dejé mi carrera obligado por ustedes, y ya ve cómo ahora gano el dinero. No cambiaría mi fortuna por la del más acaudalado aristócrata. Y hoy, hoy que la encuentro por segunda vez, es precisamente el día de la inauguración de mi nuevo establecimiento. Esto es indicio de buena suerte y de prosperidad...

Los amigos que habían ido al cabaret con Dale y Brook, preguntaron a éste dónde Dale había conocido a aquel hombre tan interesante.

—¿Interesante? —preguntó Brook con marcado desdén—. Era un picapleitos de Los Angeles... Un villano que quiso estudiar carrera y que no pudo conseguir medrar en ella... Era un plebeyo, un miserable...

—Quizá entonces sería todo eso que tú dices: plebeyo, miserable, villano... Pero ahora ha sabido ganarse una posición que cualquiera le envidiaría...

—Yo le encuentro un hombre interesantísimo... Tiene un tipo así como de gitano... algo parecido a

esos bandidos que nos presentan en "Carmen"...

—¡Oh, las mujeres tenéis una fantasía! —exclamó Brook con mayor despecho, al ver que todas sus amigas encontraban un encanto especial en aquel hombre, en el que él sólo sabía ver al villano y al mal nacido.

El baile había terminado y Johnny llevó hasta su asiento a Dale, dándole rendidamente las gracias por el baile que le había concedido.

—¿Dónde va usted ahora? —preguntó Dale, que no quería separarse tan pronto del hombre que le ofrecía el interés de lo nuevo.

—A dar una vuelta por mi tienda—rió Johnny—. Ya sabe el refrán: "El que tenga tienda, que la atiende, y sino que la venda." Y yo no quiero vender la mía...

—Pero siéntese un ratito aquí, con nosotros. No hemos brindado aún... Este restaurante es magnífico y bien merece que descorchemos en su honor unas botellas de champaña. Es un verdadero éxito.

—¿Para quién? —preguntó Johnny mirando a Dale con aquellos ojos brillantes y negrísimos que despedían nuevos fulgores

cuando se fijaban en los ojos de la dama.

—Para usted, para mí, para ellos, para nosotros... para todos, como usted quiera...

—¿Puedo escoger? — preguntó de nuevo Johnny, sonriendo a Dale que le devolvió la sonrisa.

—¡Um... uh! — murmuró ella, haciendo un gesto afirmativo.

—Entonces... para nosotros — replicó Johnny, levantando su copa y haciendo un amplio gesto que pareció querer abarcar a todos los reunidos y que luego se limitó a indicar de una manera concreta a Dale y a sí mismo.

—Para nosotros — contestó Dale chocando su copa con la de Ramírez.

—Ha prosperado usted mucho, mister Ramírez, desde la última vez que le vi—dijo Brook, que se sentía un poco violento ante aquel hombre.

—Sí... La última vez que me vió usted, aunque no sentía usted por mí una gran admiración, me vió ya por sobre de usted—dijo Johnny, acordándose de los mamporros que le había dado y de cómo le había derribado al suelo, vencéndole con su fuerza de atleta. Luego, sin ha-

cer caso a las palabras de Brook, volvió sus ojos a Dale y le explicó:

—He puesto también aquí un departamento en el que se venden perfumes. ¿No le parece bonita la idea? A las damas, los perfumes les sientan muy bien.

—Creo que es una idea magnífica. ¿Me venderá un frasco de Chalón? Es mi perfume favorito. ¿Le gusta a usted?

—¡Oh, para mí sólo hay dos clases de olor: el buen olor y el mal olor! No sé distinguir otros matices—rió Johnny, que no se escondía de la ignorancia que conservaba acerca de muchas cosas.

El mayordomo se inclinaba en aquel momento ante Johnny y le decía unas palabras al oído:

—Me disculparán un momento. Me necesitan. Vuelvo en seguida... ¿Con su permiso?

—Con mi permiso, si me promete volver a bailar conmigo el próximo baile—dijo Dale.

—¿No teme que su amigo tenga celos de mí?

—¡Oh, no, no, en absoluto!... — rió Dale mirando a Brook, que se mantenía rígido y serio porque todas aquellas bromas le estaban re-

sultando demasiado molestas para su categoría de aristócrata.

Cuando Johnny se hubo alejado, una de las muchachas amigas de Dale y que le envidiaban la preferencia que Ramírez le mostraba, le preguntó:

—¿De qué cueva has sacado a ese bruto fascinador?

—Mi instinto prehistórico me llevó a él—rió Dale—. ¿No le encontráis divertido?

—Esos tipos así, suelen volverse dañinos si se les excita —dijo el aristócrata, que quería poner fin al juego de su amiguita.

—¡Oh, me encantaría excitarle! También yo creo que ha de ser muy peligroso... y si no lo fuera, me llevaría una enorme decepción... Quiero ver hasta dónde llega el peligro.

El recado del mayordomo había sido que llamaban por teléfono a Johnny desde casa de la viuda de Roarck. Johnny se puso al habla con Marie. Había prometido ir a buscarla para que asistiera a la inauguración del cabaret y había olvidado totalmente la promesa. Marie estaba impaciente y alterada. La soledad se le hacía cada vez más irresistible y las horas de la

noche pesaban sobre ella con el espanto de su silencio y de su recuerdo. Johnny se excusó rápidamente, con prisa por volver al lado de Dale, y en la voz de Johnny notó Marie que algo anormal ocurría a aquel hombre y que se le escapaba de entre las manos y que su crimen habría sido estéril e infructuoso... ¿Se lo robaba otra mujer? La voz de Johnny sonaba a alegría, a una alegría que Marie no le había conocido aún. Colgó el auricular y llamó al criado:

—De prisa, mi abrigo y mi coche—ordenó con tono autoritario. Y partió velozmente hacia el cabaret.

Johnny había bailado con Dale varios bailes y, por fin, arrastrado por ella, salió al parque que rodeaba el edificio y que estaba misteriosamente iluminado por luces ocultas entre los árboles, que despedían una discreta claridad, dejando en la más perfecta penumbra los rincones propicios a las confidencias y al amor. En uno de aquellos rincones se sentaron para charlar tranquilos. Dale quería conducir a Johnny al terreno que ya llevaba preparado de antemano. Johnny se dejaba llevar, sin sospechar

que todo aquello no era más que un juego, creyendo, en la inocencia de su corazón virgen de toda pasión que no fuera la pasión del triunfo personal, que Dale estaba enamorada de él como él se había enamorado de ella desde el día en que la conoció.

—Tras este jardín — le dijo él mostrando con un gesto de su mano el parque que les rodeaba—, no hay nada más que el desierto... millas y millas alrededor nuestro. En medio de él he sabido yo levantar este edificio, al que vendrán siempre gentes seleccionadas, damas distinguidas, caballeros elegantes... ¿No le parece esto un sueño?

—¡Es divino!... No comprendo cómo ha podido usted realizar tanto en tan poco tiempo.

—No es más que buena suerte — murmuró Johnny con fingida modestia.

—No, estoy segura de que usted alcanza todo lo que se propone— afirmó Dale.

—La mayoría de las veces, sí.

—¿Y esto le hace feliz?— preguntó Dale de nuevo, clavando sus ojos en las pupilas negras que la miraban con arrobos.

—Me hace feliz— afirmó Johnny.

—Su esposa debe estar orgullosa de usted...

—No, no lo está—dijo con una cómica seriedad Johnny, queriendo engañar a Dale.

—¡No es posible!—exclamó ésta asombrada.

—Sí es posible... porque no estoy casado.

—¡Cómo!... Un hombre que ha triunfado, que se ha creado una posición envidiable, que es joven y que cuenta con todos los atractivos de la juventud y de la posición social que se ha ganado, ¿no ha encontrado aún una mujer que sepa apreciar su justo valor?

—¿Se burla de mí?

—No; bien sabe usted que cuanto digo es verdad.

Johnny se quedó silencioso y miró con una larga mirada a Dale, que quería excitarle y que no lograba su propósito. Aquel hombre tenía un dominio perfecto de sí mismo. Además, no sabía seguir el juego de la coquetería, juego delicioso cuando se encuentra un *partenaire* que sabe dar las réplicas deseadas.

—Le debo parecer un tonto o un

loco—dijo por fin Johnny—. Nunca me había sentido hasta ahora tan cohibido y tan insignificante.

—No es usted ni una cosa ni otra— replicó pronta Dale—. Lo que le falta es experiencia del mundo. Usted está acostumbrado a trabajar, a trabajar rudamente, a trabajar a todas las horas del día y casi de la noche; por eso no tiene usted lo que se llama "trato social" y que es lo que facilita las relaciones entre nuestros semejantes... Es usted... ¿cómo lo diría yo?... sin querer ofenderle, me atreveré a decirle que sigue usted siendo el delicioso salvaje que conocí hace ya mucho tiempo...

—Quizá tenga razón... Pero eso puede aprenderse, ¿no es verdad? Y, si yo quiero, puedo aprender a tener "trato social" como he aprendido otras tantas cosas gracias a mi voluntad.

—¿Quiere usted que yo sea su profesora?

—¡Encantado!

—Pues, vamos a empezar... No se muestre usted tan tímido, tan reservado... La noche está bella y quieta... hay luna llena y llega a nosotros el eco de la música de los salones; hay un hondo romanticis-

mo en este momento delicioso en que nos encontramos solos los dos, perdidos en este parque de ensueño... Es preciso saber aprovechar la belleza de los momentos que pasan... Empápese en el encanto de todo lo que nos rodea, en la dulzura de la soledad de dos en compañía. Goce, goce plenamente de una dicha que no se nos da con demasiada frecuencia en la vida...

Dale había entornado los ojos y hablaba con una voz dulce, lejana, que parecía llegar de mundos desconocidos. Johnny se dejó arrullar por el encanto de aquella música divina que tenía para él más romanticismos y más atractivos que la luz de la luna y el eco de los bailes que llegaban hasta allí. Se dejó arrebatar por la pasión que despertaba Dale en su alma virgen de todo amor, y acercándose a ella la besó frenéticamente en el cuello, en la blancura del cuello que se ofrecía a él en toda la pureza de la juventud y en todo el encanto de la pasión.

—¡Es usted encantadora!—murmuró, apartándose de ella, temeroso de haberla ofendido.

Dale sonrió.

—Veo que hace usted maravillo-

sos adelantos... Creo que tengo un discípulo muy aventajado... ¿No se encuentra ahora más tranquilo, más seguro de sí mismo?

—No —replicó Johnny turbado y confuso.

—Pues voy a confiarle un pequeño secreto... yo tampoco me siento muy segura de mí misma, Johnny.

No se habían fijado que alguien llegaba hasta ellos, no habían escuchado el ruido de unos pasos que cautelosamente avanzaban y sólo cuando Marie estaba allí, a un paso de ellos, mirándoles con una mirada de sorpresa y de ira, se dieron cuenta de su presencia.

—Buenas noches, Marie —dijo Johnny poniéndose en pie y queriendo evitar que aquellas dos mujeres se hablaran—. Te presento a la señorita Elwell... la señora viuda de Roarck...

Se cruzaron entre ellas las frases banales de la presentación. Dale miraba con sorpresa a aquella mujer de espléndida hermosura, ricamente ataviada, que parecía tener mucha familiaridad con su "Salvaje". Aquel "Salvaje" había sabido escoger bien su compañía. Dale entendía perfectamente en be-

lleza femenina y, sobre todo, en distinción, y Marie estaba aquella noche elegante y bien vestida como nunca.

—Magnífico parque el de este cabaret, ¿verdad? —dijo Dale, queriendo entrar en conversación y enterarse así de qué clase de relaciones unía a Johnny con aquella mujer.

—Magnífico —contestó Marie. —Johnny y yo lo hemos planeado con verdadero amor durante mucho tiempo... Por fin hemos visto realizado nuestro sueño y acaso supera a lo que nosotros mismos esperábamos.

—¡Oh!... Ustedes... —murmuró Dale desconcertada.

—Sí, nosotros... ¿No le ha dicho Johnny que somos socios desde hace mucho tiempo? Yo soy el socio capitalista y él es el socio intelectual...

—Les felicito... Parece que su compañía les produce pingües ganancias.

—Sí... hemos conseguido formar una compañía perfecta... en todos sentidos —dijo Marie, queriendo dar a entender mucho más de lo que en realidad había entre ambos.

—Perdone, señorita Elwell —interrumpió Johnny, que quería poner término a aquel coloquio que amenazaba acabar con todas sus ilusiones—. Ahora recuerdo que he de hablar a mi socio de una importante cuestión... Con su permiso...

—Siento mucho haber venido a interrumpir su interesante charla—dijo Marie inclinándose ante Dale, que les vio partir con los ojos un poco ensombrecidos por la decepción.

Johnny llevó a un salón reservado a Marie y allí, quitándose su máscara de cortesía, se enfrentó con ella y le dijo con furia:

—¿Qué es lo que pretendes hacer? ¿Te has empeñado en destruir mis ilusiones?

—Creo que sabes manejarte bastante bien sin mi ayuda para que puedas temer mi venganza—murmuró Marie queriendo dominar a aquel hombre que la dominaba a ella.

—¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Me espías?

—Si quieres que pronunciemos esta palabra, sea... he venido a espiarte... Y me ha bastado darte una mirada a ti y otra a ella para que

comprendiera lo que llevabais entre manos...

—¿Qué quieres decir?... Estaba hablando con una dama que ha venido a honrar con su presencia mi establecimiento.

—¡Una dama!... ¡Y te crearás tú que eres un caballero! —exclamó Marie con un marcado acento de burla—. No eres más que escoria, como yo... ¡no te hagas ilusiones!... Tendrás mucho dinero, pero nunca, nunca saldrás del barro de que te formaste...

—Marie, no sigas...

—Todo lo que eres me lo debes a mí. Yo he sido quien te ha dado el dinero. Yo he sido la que te consiguió el empleo en "El Zapato de Plata". Yo he sido la que te proporcionó ese uniforme de caballero que encubre mal tu naturaleza plebeya... Y ahora te crees un caballero porque te ves rodeado de gente aristócrata... ¡Iluso!... Eres un villano, como yo; me perteneces, no podrás ser nunca de otra mujer, porque yo descubriré siempre tu procedencia y diré cómo has ganado tu dinero... ¡No te dejaré escapar, no!... Por ti he hecho todo lo malo que puede hacer una mujer... ¡Por ti he llegado a ser criminal!

—dijo Marie, perdiendo el dominio de sí misma y sintiendo que un gran sollozo subía a su garganta.

Johnny la contempló con los ojos agrandados por el terror que le producía aquella confesión:

—¿Que has sido criminal?... ¿Qué estás diciendo?

—Sí, sí, sí... fui yo quien mató a Charlie Roarck, yo, yo... Charlie era el obstáculo que se interponía entre nuestro amor... Pensé que desaparecido él, tú me pertenecerías... Pero eres de hierro, eres invencible... ¡Y para eso maté yo a un hombre bueno!...

—¡Calla, calla, por piedad!... ¡No sigas hablando así!... Siento vergüenza por ti, y asco, un asco invencible... ¡Capaz de llegar al crimen para satisfacer una pasión! Vete, vete de aquí. No quiero que manches con tu presencia este establecimiento. Vete, y que no vuelvas a ponerte ante mi vista... si no quieres acabar como Charlie...

Johnny hablaba con seriedad y con vehemencia. Estaba excitado y terrible. Si en aquel momento Dale hubiera podido verle, hubiera comprobado que el "Salvaje" era lo que ella había deseado que fuese.

\*\*\*

Johnny creyó que con aquellas palabras y aquella escena se había librado ya para siempre de la importuna Marie, de aquella mujer que le había perseguido siempre con su amor y asediado con sus insinuaciones y por la que siempre había sentido la más absoluta indiferencia, porque no era una dama, una dama como Dale Elwell y como todas sus amigas. Johnny tenía la obsesión de la aristocracia y Marie no era una aristócrata, sino que era una mujer que había salido, como él, del cieno y de la miseria. Entonces se lanzó con entusiasmo a Dale, confiando en que la muchacha le amaba, sin presentir que pudiera burlarse de él ni que le hubiera tomado como un mero pasatiempo. Fué a ella convencido de la sinceridad de sus sentimientos, incapaz para prever todo lo que habría de luchar y de sufrir para alcanzar a la muchacha elegante y distinguida que estaba tan distanciada de él por su posición social y por su educación.

—¿Está la señorita Elwell? —

preguntó al criado rígido y severo que le había abierto la puerta del elegante palacio donde vivía Dale con sus padres.

—La señorita no recibe a nadie —replicó el criado, sin dar paso a aquel ser estraçalario que tenía ante sí.

—Bueno, pero a mí sí me recibirá. Dígame que estoy aquí.

—No le conozco a usted y no puedo anunciarle.

—¡Oh, tampoco le conozco yo a usted, pero ya nos iremos conociendo! —rió Johnny, que desconocía por completo las más elementales etiquetas de las clases elevadas—. Pase, pase a anunciarme. Ya verá cómo la señorita me recibe.

El criado tomó a regañadientes la tarjeta y cruzó el *hall*, caminó por una larga galería, salió a una terraza y se detuvo ante una diminuta tienda de campaña que estaba desprovista de techo:

—Señorita, alguien insiste en verla a usted. No he podido vencerle de que la señorita no recibía—dijo el criado inclinándose ante la tela de la tienda, como si estuviera realmente ante su dueña y señora.

—Bueno, dígame que no recibo y despídale— contestó Dale desde dentro—. ¿Cómo se llama?

—Míster Ramírez...

—¡Ah, es Johnny Ramírez!... Dígame que no puedo recibirle ahora —rió Dale, divertidísima con el anuncio de aquella visita que no esperaba.

—¿Y por qué no puede recibirme? —preguntó Johnny que estaba detrás del criado y que había oído toda la conversación.

—¡Ah!, ¿está usted aquí? Pues, sencillamente, no puedo recibirle a usted, porque estoy tomando un baño de sol, porque tengo mil cosas que hacer esta tarde y porque en este momento no llevo encima más que el traje que puso en moda nuestra madre Eva.

—Es que... ¿sabe?... he comprado un nuevo automóvil y quería que fuera usted la que lo estrenara... El criado le bajará la ropa y podremos salir juntos a pasear.

—¡Pero, Johnny, ahora no puedo!

—No me diga que no puede, porque soy capaz de derribar esa tienda y de llevármela tal como está—dijo Johnny con una feroz energía.

—¡Roberts, baja mi ropa! —exclamó Dale presurosa temiendo que Johnny cumpliera su amenaza.

Salieron juntos aquel día y también otros días. A Dale le divertía la amistad del muchacho y le gustaba hacerle hablar de cosas que apenas entendía. Era un hombre totalmente distinto a cuantos ella había conocido. No era el hombre cortés y correcto que se encuentra en sociedad y que parece cortado por un mismo patrón. Mister Ramírez tenía personalidad y voluntad propias. Aquello era lo que encantaba a Dale acostumbrada a jugar con chiquillos que se dejaban manejar por ella como pobres muñecos. Johnny estaba rendido ante ella, pero la voluntad estaba siempre de su parte. Dale no podía contradecirle.

La amistad de la aristócrata con aquel plebeyo forrado de millones levantó la indignación de sus padres y de todas sus amistades. Hasta la Prensa comenzaba a ocuparse de la asiduidad que Johnny Ramírez tenía para Dale Elwell y se comentaba la posibilidad de una boda tan desproporcionada que sería como un bofetón dado en pleno rostro social. No podía consentirse

que una mujercita delicada y fina como Dale fuera a parar a las manos toscas de aquella especie de bandido de Sierra Morena, como le había calificado una vez la amiguita de Dale. La indignación iba formando una aureola de misterio y de apasionamiento en torno a la pareja y Johnny se sentía feliz en aquella atmósfera en que él se destacaba de una manera especial.

Pero Johnny se había olvidado de Marie, la despechada, la desdeñada, la mujer que lo había sacrificado todo para obtener el amor de Ramírez y que sólo había logrado su desdén y su indiferencia.

Marie creía enloquecer. El remordimiento de la muerte de su marido, el miedo terrible que la perseguía a todas horas, la angustia de ver que Johnny se le escapaba de las manos y los celos, los celos espantosos y aniquiladores que sentía ahora que todos hablaban del amor de Johnny Ramírez a Dale Elwell, hicieron que creciera en ella el rencor y el odio y que, en su ferocidad de mujer desdeñada, tuviera arranque de fiera y maldades humanas... Y denunció a Johnny Ramírez como asesino de su esposo.

—Sí, sí—decía al juez que la escuchaba extrañado, buscando la verdad en las pupilas de la acusadora que tenían una luz extraña y que miraban a lo infinito con una persistencia angustiosa—. Lo que digo es cierto. Mister Ramírez me obligó a que matara a mi marido; me dijo que si no le mataba me mataría él a mí... Yo tenía miedo a ese hombre fuerte que había dominado a mi esposo y que iba quedándose con todo nuestro negocio. Por miedo obedecí a su mandato... Johnny quería apoderarse de todo nuestro dinero y Charlie era para él un estorbo... Yo maté a Charlie, pero el verdadero culpable, el asesino cobarde y traidor es Johnny, Johnny Ramírez...

La acusación había sido formulada con un nerviosismo y una angustia inenarrables. Marie estaba pálida y desencajada. En aquellos últimos tiempos en que el remordimiento y los celos se cebaban en ella, había adelgazado considerablemente. En su rostro sólo se veían aquellos ojazos enormes, azules, aquellos ojos que miraban fijamente y en los que la angustia espantosa de su alma estaba reflejada por entero.

Bajo la acusación de Marie Roark Johnny fué arrestado y metido en la cárcel. No comprendía por qué se le acusaba de asesinato; pero cuando supo que Marie era la acusadora lo comprendió todo. Entonces esperó. Esperó confiado en que su inocencia brillaría y en que el proceso, dándole más nombre y más actualidad, haría agrandar aún más el negocio que le producía millones y millones al año y con ellos lograría obtener la mano de Dale Elwell, que estaba seguro le amaba.

El abogado acusador estuvo cruel en su discurso. Acumulaba contra Johnny todas las pruebas y todos los agravantes. Hacía ver doblemente la culpabilidad del acusado como criminal y como amigo que abusa de la confianza del amigo y de la debilidad de la mujer sólo para satisfacer su afán de lucro. La concurrencia que había acudido a la vista del proceso sentía calofríos de terror al escuchar las palabras del acusador que se ensañaba en la víctima. Sólo Johnny las oía con indiferencia, seguro de que la defensa que podía pagarse ahora que era millonario, lograría deshacer todas aquellas teorías que ca-

recían de base. El acusador pidió que fuera escuchada la única testigo que podía presentar. Y Marie Roark fué introducida en la sala del tribunal. Entró con paso vacilante, vestida humildemente de negro, pálida y ojerosa; medrosa y asustada. Al pasar junto a Johnny le miró con una mirada intensa en la que estaba diluída toda su ternura de mujer, una mirada que buscaba la comprensión y el cariño de otra mirada para retirar la acusación, una mirada que suplicaba piedad y dulzura para su tormento insufrible. Pero no la obtuvo. Johnny se mostraba frío como siempre. Ni siquiera se dignó mirar a aquella mujer que le repugnaba y que había sido capaz de urdir tan espantosa intriga para perderle. Permaneció impasible, sin alzar a ella sus ojos, y dejó que Marie cruzara la sala llevando en el alma todo el peso de su desesperación.

Cuando prestó juramento de decir la verdad, toda la verdad ante el Tribunal, Marie estaba casi sin voz y tenía que apoyarse en la silla para no caer desvanecida. Ahora comprendía el horror de lo que había hecho. Ahora sentía sobre sí el remordimiento de su doble crimen:

el crimen con el que mató a Charlie Roark y el crimen moral que contra Johnny había tramado. Sintió que las fuerzas le faltaban. Sus labios se entreabrían para contestar a las preguntas que el fiscal le dirigía y sólo lograba hacer salir un hilito de voz que no llegaba hasta la mesa de los jurados.

—Hará el favor de hablar en tono más alto—le suplicó el juez.

Marie hizo un nuevo esfuerzo, pero su voz llegaba tan débil como antes, tan floja y tan sin timbre que nadie podía escuchar lo que decía. Sus ojos miraban fijamente ante sí, como si vieran algo terrorífico que la asustara.

—¿Cómo se llama usted? — le preguntó el fiscal.

—Marie—replicó ella temblorosa y desfallecida—, Marie Roark.

—¿Era usted la esposa de Charlie Roark cuando éste murió?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hacía que conocían ustedes al acusado John Ramírez cuando su esposo murió?

Marie tardó algún tiempo en contestar. Se pasaba la mano por la frente como presa de una angustia que iba creciendo por momentos y

que la dominaba y la hacía vacilar en sus contestaciones.

—¿Quiere contestar la testigo a mi interrogación?—insistió el fiscal ante el obstinado silencio de Marie.

Calló aún ésta un buen espacio de tiempo y luego, mirando con una mirada vaga y sin brillo, comenzó a delirar, a delirar en una voz exaltada y trémula que puso angustia y dolor en todos los corazones.

—Charlie Roark... Sí, yo soy la esposa de Charlie Roark... ¡Estaba muy gordo, porque bebía mucha cerveza!... ¡Está muy gordo todavía, nadie sería capaz de levantar aquel cuerpo enorme!... Lo estoy viendo... Está ahí, sentado delante de mí... Le veo a todas horas porque Johnny le ha dicho que me vigile constantemente... Se lo ha dicho todo a Wong y Wong también lo sabe... y me persigue por la casa y me espía los pasos... Charlie no me deja nunca. Por la noche, cuando estoy dormida, viene y se sienta a la cabecera de mi cama... Es Wong el que le abre la puerta por mandato de Johnny... Sí, sí... todo eso es verdad... Lo veo, lo veo...

—¡Señora Roark! —exclamó el

fiscal dándose cuenta del estado de demencia de la desventurada.

—¡Señora Roark! — gritó ella dejando estallar una carcajada fría y aguda que era como un grito de desesperación—. ¡Yo soy la señora de Roark!... Soy la mujer de Charlie, sí, yo soy, yo soy...

—Retiren inmediatamente a la enferma—ordenó el juez.

Marie fué sacada de la sala del tribunal en brazos de la matrona que la había acompañado hasta allí.

El abogado defensor de Johnny se adelantó entonces y solicitó que la vista fuera suspendida y que se declarara inocente a su defendido a causa de la visible locura de la acusadora.

Fué aceptada la proposición y Johnny Ramírez fué puesto en libertad. La Prensa pudo dar a conocer al público todos los incidentes de aquel proceso sensacional que había apasionado a la opinión y que los diarios habían sabido explotar admirablemente.

\* \* \*

Johnny Ramírez no se sintió impresionado por la locura de Marie ni se sintió ligado a ella por todo lo que acababa de ocurrir. Dejó que la internaran en un sanatorio y se desentendió de aquélla que siempre le había sido indiferente y a la que únicamente había deseado en su más bajo instinto de hombre. Johnny no pensaba más que en Dale y a casa de Dale marchó en cuanto recuperó su libertad y puso en orden todos sus asuntos un tanto embrollados durante los días que había durado su ausencia.

—La señorita Dale va a salir y no puede recibirle—le dijo el severo portero que no sentía simpatía por aquel ente tan distinto de todos los señores que acudían a la casa y que le humillaba con su sola presencia.

—¿Va a salir? Bien, pues yo he llegado y saldremos juntos los dos. No me muevo de aquí hasta que vea a la señorita Elwell.

—¡Ah, Johnny Ramírez! — exclamó Dale que había escuchado la voz de su salvaje y que corrió a él ofreciéndole la mano—. Le han hecho a usted pasar unos días malos, ¿no es verdad?

—¡Oh, no!... Como ya sabía que

no era verdad lo que se decía de mí, no me preocupaba. ¿Vamos a comer juntos?

—¡Oh, no, no, hoy tengo muchas cosas que hacer!... No puedo salir con usted... Tengo que reunirme a mi familia. Estamos invitados a un banquete.

—Para mí nada hay tan importante como estar a su lado, Dale; ni familia, ni banquete, ni compromisos de ningún género lograrían desviarme de su lado... ¿Por qué no lo deja todo para venir conmigo?

—Hoy no puedo... Mañana, mañana le prometo salir con usted y estar juntos todo el día, si usted quiere.

—Bueno, sea; pero permítame acompañarla hoy hasta ese lugar donde va usted.

—Está muy lejos...—arguyó Dale que quería deshacerse de la compañía de su salvaje, porque iba a encontrarse con gentes de la alta sociedad y no gustaba de ser vista al lado de aquel ser que rezumaba plebeyez por todos los poros de su cuerpo, aunque fuera tan interesante y tan atractivo.

—Cuanto más lejos esté mejor... Así podré estar con usted más tiem-

po... No puede decirme que no...

Dale tuvo que aceptar. Subieron al automóvil de Johnny y partió velozmente por la carretera oscura en la que la noche había tendido ya sus sombras. Pero pronto Johnny fué disminuyendo la velocidad y puso el auto a una marcha irrisoria. Quería que Dale llegara tarde y que le dedicara a él aquella noche que estaba tan bella, tan bella después de los días de encierro y de la forzada ausencia. Dale se dio cuenta de la maniobra de Johnny y exclamó indignada:

—No puedo retardarme más... ¡He de llegar allí a tiempo!... Mis padres no me lo perdonarían nunca. Voy a tomar un taxi... Párese...

Johnny no obedeció, pero como el auto iba a una velocidad muy lenta, Dale se bajó de él no queriendo seguir sometida a la voluntad feroz de aquel hombre que llegaba a lo que se proponía fuera por el medio que fuese.

—¡Dale, Dale, espérese!—gritó Johnny bajando a su vez y corriendo hacia ella—. Tengo algo mucho más importante que decirle; tengo algo que decir que ya no puedo guardar en mi pecho... Espérese un

momento, no se marche... ¡Escúcheme!...

Dale se detuvo, le miró extrañada; los ojos de Dale, iluminados por los faros del automóvil, estaban serios y reconcentrados; los de Johnny, negros y brillantes, tenían una luz de deseo y de felicidad que dieron miedo a Dale.

—¿Qué quiere decirme? — le preguntó.

—Que te amo, Dale. La primera vez que te vi ante el Tribunal ya me gustaste; pero entonces no podía decirte nada, porque yo no era nadie, era un miserable sin un centavo y con la cabeza llena de humo... Hoy todo ha cambiado. He trabajado mucho y muy duramente para hacerme una fortuna y para poderte decir que te amo, sin temor a una negativa... Te amo, Dale, te amo y quiero que seas mi mujer...

—¡Johnny!—exclamó Dale con una voz de asombro y de desdén.

—Sí, Dale, tú eres una dama, una verdadera dama, una mujer distinguida y aristócrata, digna de un hombre como yo...

—¡Johnny, usted bromea!...

—Nunca he hablado con tanta seriedad como ahora.

—¿Pero no comprende que eso

no puede ser... que entre nosotros no puede haber la idea del matrimonio?

—Lo único que comprendo es que te amo...

—¡Oh, no sea usted absurdo!... ¿Cómo quiere que nos casemos?... ¿No comprende que no somos iguales? ¿No se da cuenta que usted es... es de una tribu distinta, salvaje?...

—¡De una tribu distinta! — exclamó Johnny comenzando a comprender—. ¡De una tribu distinta!... Oye... aquella noche que me buscaste y que me llevaste contigo al jardín de mi restaurante y que me provocaste y que me besaste... ¿todo aquello no era más que un juego para divertirme?... ¿Todo aquello no fué verdad? ¡Y yo lo creí, porque te creí una mujer decente, porque me parecías una dama de calidad, porque no pensé nunca que tú también pudieras ponerte a la altura de las otras... de las que venden el amor y juegan con él por puro capricho!... Y ahora quieres hacerme creer que yo soy de otra tribu... que tú eres mejor que yo porque has nacido en cuna de oro... que no puedes casarte conmigo porque mi raza no es digna

de mezclarse a la tuya... ¡Esto no es verdad!, ¿sabes? ¡no es verdad!... Mi honradez y mi decencia valen mucho más que todos tus títulos...

—Déjame, me haces daño—gimió Dale que sentía cómo Johnny le destrozaba el brazo mientras le hablaba con vehemencia y exaltación—. Te comportas brutalmente, como lo que eres... ¡Déjame!...

Se deshizo de él con toda la fuerza de su rencor creciente, y corrió alocada por la carretera oscura. Johnny la llamó, pero Dale no volvió la cabeza; corría ciega, loca, desesperada. En la primera revuelta se dió de manos a boca con un automóvil que marchaba a toda velocidad en aquella hora en que no se encuentran obstáculos. Dale dió un grito desgarrador y allá quedó tendida para siempre, vencido su orgullo indómito por las ruedas del coche que siguió su marcha sin detenerse, rehuendo la responsabilidad del atropello...

\* \* \*

Johnny Ramírez había sufrido demasiado y había recibido una du-

ra lección de la vida. Con el corazón deshecho y destruídas todas sus ilusiones de juventud, vendió su negocio y regresó a Los Angeles. Ya nada tenía que hacer allá abajo, en la ciudad cosmopolita y loca de la frontera a la que acudían a divertirse las gentes de ambos países. Allá se quedaba todo: su amor, su gloria, su dinero, sus ambiciones, sus ideales...

Fuó a buscar consuelo y alivio en el cura párroco que tanto le había ayudado en su infancia y en su primera juventud y que había sido el apoyo moral de su madre, la pobre viejita a la que tan sola dejara desertando del hogar.

—Padre—le dijo arrodillándose a sus pies en señal de arrepentimiento—, quiero que me absuelva de mis pecados: pecado de orgullo, de ambición, de soberbia, de todo lo malo que puede llevar el alma de un hombre... y cuando me los haya perdonado, Padre, quiero reparar el mal que he hecho y que me han hecho... Porque yo también he sufrido todos los horrores del infierno y todas las amarguras de

los condenados en estos años en que he vivido lejos de aquí...

—Hijo mío, pide a Dios que él te perdone como yo te perdono... La naturaleza humana es débil y nuestra voluntad muy frágil... Tú quisiste seguir un camino que te estaba vedado, porque nada ni nadie logrará nunca romper las infranqueables barreras creadas por la propia humanidad y que marcan un límite entre las diversas clases sociales... Ten confianza en Dios, hijo mío, y en ti mismo y verás como encontrarás otra vez la paz perdida... ¿Qué piensas hacer ahora, Juanito? —le preguntó, familiarizando el tono de su voz y mirando a aquella oveja descarriada que volvía al redil y que era su predilecta.

—Padre... volver al lugar de donde salí... y permanecer entre los míos a los que nunca debía haber abandonado —replicó Johnny Ramírez bajando la cabeza y confesando con aquel gesto de humildad y de vencimiento el dolor profundo que en su corazón había marcado el paso de la vida...

FIN

---

**Próximo número:**

La maravillosa producción nacional

# **LA BIEN PAGADA**

por **Lina Yegros** (La inolvidable Sor Angélica),  
**Antonio Portago**, etc.

Según la celebrada novela del «Caballero Audaz»

---

**Precio: UNA PESETA**

---

**¡EDICIONES BISTAGNE publica siempre lo mejor!**

---

5



**E. B.**

Cubierta, Imp. M. PELLICER  
Muntaner, 111 - Teléfono 76132

**Precio: Una peseta**